

# MEDITACIONES METAFÍSICAS (1)

---

CARTA Á

## LOS DECANOS Y DOCTORES

DE LA SAGRADA FACULTAD DE TEOLOGÍA

DE PARÍS

MUY SEÑORES MÍOS :

La razón que me mueve á presentaros esta obra es tan justa, que cuando conozcáis mi designio, la tomaréis bajo vuestra valiosísima protección. Para hacerla recomendable, voy á deciros brevemente cuál ha sido el propósito que he tenido presente al escribirla.

Siempre he creído que las cuestiones relativas á Dios y al alma, son de las que exigen una demostración más bien filosófica que teológica.

Á nosotros, los fieles á la Iglesia, nos basta creer por la Fe que existe un Dios y que el alma no muere con el cuerpo, porque es inmortal; pero es imposible, que los infieles lleguen á persuadirse de la verdad de

(1) Las *Meditaciones*, fueron escritas por Descartes en latín y publicadas por primera vez el año 1641. Seis después, apareció una traducción francesa, hecha por el duque de Luynes y revisada y corregida por Descartes.

una religión y de las virtudes que contiene, si por la razón natural no se les conviene.

Viendo todos los días, que en esta vida son mejor retribuídos los vicios que las virtudes, nadie preferiría lo justo á lo útil, sino fuera por el temor de Dios y por la esperanza de otra vida. Júzguese, pues, de la importancia de estas dos cuestiones.

Es de una certeza absoluta, la necesidad de creer que hay un Dios, porque así nos lo enseñan las Sagradas Escrituras, y no es menos evidente, la necesidad de creer que esas Sagradas Escrituras proceden de Dios; y, sin embargo, no podemos sostener esas dos proposiciones, en nuestras controversias con los infieles, sin que nos digan que incurrimos en la falta denominada por los lógicos, círculo vicioso.

Vosotros, teólogos esclarecidos, habéis asegurado, que la existencia de Dios, puede probarse por la razón y que de las Sagradas Escrituras se infiere que el conocimiento de la existencia de Dios es más claro que el que poseemos de muchas cosas creadas, y es tan fácil que el que carece de él, es culpable. Esto se deduce de las palabras de la Sabiduría, capítulo XIII : « su ignorancia no es perdonable; porque si su inteligencia ha penetrado en el conocimiento de las cosas del mundo, ¿ cómo es posible que no haya reconocido al Soberano, creador de todas? » En el capítulo del libro de los Romanos se afirma que ese desconocimiento es « inexcusable » y que « lo que de Dios es conocido se manifiesta en ellos », lo cual parece indicarnos que todo lo que de Dios se puede saber, se conoce por razones sacadas de nosotros mismos y de la sencilla consideración de la naturaleza de nuestro espíritu.

Por todo ello, he pensado que no faltó á mis deberes de filósofo, si muestro cómo y por qué camino, sin salir de nosotros mismos, podemos conocer á Dios, con más facilidad y certeza que á las demás cosas del mundo.

Por lo que respecta al alma, hay muchos que creen en la dificultad de conocer con certeza su naturaleza y algunos se han atrevido á decir que las razones humanas nos persuaden de que muere con el cuerpo, á pesar de que la fe afirme todo lo contrario.

El concilio de Letrán, celebrado bajo el papado de

León X, en la sesión 8, condena á los que tales cosas sostienen y ordena á los filósofos cristianos que contesten á sus argumentos y empleen la fuerza de su ingenio en la defensa de la verdad. Eso es lo que yo hago en la obra que someto á vuestra consideración.

Muchos impíos no quieren creer en la existencia de Dios y en la distinción que hacemos del alma inmortal y del cuerpo perecedero, fundándose en que nadie ha demostrado aún esas dos cosas. Yo opino, por el contrario, que la mayor parte de las razones que han aportado los sabios á la filosofía, relativas á Dios y al alma, son, bien entendidas, otras tantas demostraciones de su existencia; y que es casi imposible inventar nuevas demostraciones.

Nada sería tan útil para la filosofía, como la labor del que se dedicara á elegir las mejores, disponiéndolas de un modo tan claro y exacto, que todo el mundo pudiera apreciar que se trataba de demostraciones en absoluto irrefutables.

Varias personas, acreedoras á mi reconocimiento más afectuoso — sabiendo que yo he cultivado cierto método para resolver toda clase de dificultades en las ciencias, método que no es nuevo, como no es nueva la verdad, y que me ha servido felizmente en diversas ocasiones — me instaron á que acometiera tamaña empresa; y yo pensé que estaba en el deber de hacer una tentativa, ya que se trataba de un asunto de tanta trascendencia.

He hecho todo lo que de mí ha dependido para encerrar en este tratado lo que he podido descubrir por medio de la aplicación del método que empleo en mis indagaciones científicas.

No he intentado reunir las diversas razones que podrían alegarse para probar la existencia de Dios, porque esto sólo hubiera sido necesario en el caso de que ninguna de esas razones fuere cierta. Me he ocupado exclusivamente de las primeras y principales, de tal manera que me atrevo á sostener que son demostraciones muy evidentes y muy ciertas. Y diré, además, que dudo mucho de que la inteligencia humana pueda inventar otras de tanta fuerza como ellas.

La importancia del asunto y la gloria de Dios, á la

que todo se refiere, me obligan á hablar aquí de mí con más libertad de la que acostumbro.

No obstante, por mucha que sea la certeza y evidencia que yo encuentre en mis razones, no puedo convencerme de que todos sean capaces de entenderlas. Explicaré la causa. En la geometría hay verdades que nos han sido legadas por Arquímedes, Apolonio, Pappo y otros geómetras eminentes y que son aceptadas como muy ciertas y evidentes, porque no contienen nada que, considerado separadamente, sea difícil de conocer y las cosas que siguen guardan una exacta relación y enlace con las precedentes; y, sin embargo, porque son un poco extensas y exigen una inteligencia viva, son comprendidas por muy pocas personas.

Aunque estimo las razones que utilizo en este trabajo, como más evidentes y más ciertas que las de los geómetras, temo que muchos no las comprendan suficientemente, porque son un poco extensas y se hallan en una relación de absoluta dependencia ó porque reclaman para ser apreciadas en su justo valor, un espíritu completamente libre de prejuicios y que pueda prescindir fácilmente del comercio de los sentidos. Á decir verdad, se encuentran más espíritus aptos para la geometría que para la metafísica.

Entre las especulaciones geométricas y las metafísicas, existe una diferencia muy digna de observarse. En las primeras, todos saben que nada se admite como no se denuestre de un modo que no deje lugar á dudas; y los que no se hallan muy versados en ellas, pecan más por aprobar demostraciones falsas, queriendo hacer creer que las entienden, que por refutar las verdaderas. No sucede lo mismo en el campo de la filosofía; todos creen que todo es problemático, pocos son los que se entregan á la investigación de la verdad, y muchos, aspirando á tener fama de inteligentes, combaten arrogantemente hasta las verdades que parecen más seguras.

Por mucha fuerza que tengan mis razones, basta que sean de carácter filosófico, para que no produzcan gran efecto en los espíritus, á no ser que vosotros las toméis bajo vuestra protección.

Todos os estiman como merecéis, y merecéis mucho;

el nombre de la Sorbona, es de una autoridad tan grande que no sólo se refiere á cuestiones de fe, en las cuales después de los concilios son las vuestras las opiniones más respetadas, sino que se extiende á la humana filosofía, en la que tanto renombre habéis adquirido por vuestro saber, prudencia é integridad, en los juicios que formuláis.

Por todo ello, no vacilo en suplicaros, primeramente, que corrigáis mi obra (conociendo mi falta de seguridad y mi ignorancia no me atrevo á creer que no contenga errores); después, que añadáis las cosas que faltan, acabéis las imperfectas y déis una explicación más amplia de la que lo necesite ó por lo menos me indiquéis cuáles son las más necesitadas de esta ampliación; y cuando las razones por las que pruebo la existencia de Dios y la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo, lleguen al punto de claridad y evidencia á que pueden y necesitan llegar para ser consideradas como demostraciones exactísimas, si vosotros os dignáis autorizarlas con vuestra aprobación, rindiendo así un público testimonio de su verdad y certeza, no dudo de que, á pesar de todos los errores y falsas opiniones referentes á esas dos cuestiones importantísimas — la duda abandonará el espíritu de los hombres.

La verdad hará que los doctos y personas de talento, se adhieran al juicio de vuestra innegable autoridad; que los ateos, que por lo general son más arrogantes que cultos y reflexivos, precindan de su manía contradictoria ó temerosos de aparecer como ignorantes, al ver como aceptan por demostración los hombres de talento aquellas verdades, tal vez se sientan inclinados á defenderlas: y, finalmente, todos se rendirán á la vista de tantos testimonios y nadie se atreverá á dudar de la existencia de Dios y de la distinción real y verdadera entre el alma humana y el cuerpo.

Vosotros que véis los desórdenes que acarrea la duda podréis juzgar de los efectos que la fe, en dos cuestiones tan importantes, habría de producir en el mundo cristiano. Pero no debo recomendar más la causa de Dios y de la religión á los que han sido siempre sus más firmes columnas.

## PREFACIO

---

En el discurso que escribí y publiqué en 1637, tratando del método que debe servir de guía á la razón, y que hemos de emplear para la indagación de la verdad científica, algo dije acerca de las magnas cuestiones relativas á la existencia de Dios y al alma humana; pero sólo de pasada me ocupé de ellas y con la intención de conocer el juicio que sobre mis opiniones formaban los que las leyeron.

Siempre he creído que esas dos cuestiones tienen una importancia, en el campo de la ciencia como en el de la vida, que bien se puede calificar de extraordinaria y por eso, me ha parecido conveniente hablar de ellas más de una vez.

El camino que sigo para explicarlas, está tan poco trillado y tan alejado de la ruta ordinaria, que he pensado que no es útil darlo á conocer en francés y en un libro al alcance de todo el mundo porque los espíritus débiles creerían que les estaba permitido el marchar por la senda trazada por mí.

En el *Discurso del Método* rogué á cuantos me leyeran, que me comunicaran las cosas que á su juicio fueran dignas de censura; y entre las objeciones que he recibido sólo hay dos que sean verdaderamente notables y las dos se refieren á las cuestiones de la existencia de Dios y la distinción entre el alma y el cuerpo. En pocas palabras, quiero contestar aquí á esas dos objeciones, antes de entrar en la explicación detallada de las cuestiones, objeto de este trabajo.

La primera de las observaciones que se me han dirigido, consiste en afirmar que del hecho de que el espíritu al volver sobre sí, se conozca como una cosa que piensa, no se deduce que su naturaleza ó esencia esté constituida *solamente* por el pensar; de tal modo, que la palabra *solamente* excluye todo lo demás que puede pertenecer á la naturaleza del alma.

Á esa objeción contesto, que la exclusión no se refiere al orden de la verdad ó realidad de las cosas (en aquel momento no trataba de ese orden) sino al orden de mi pensamiento, porque entonces yo no conocía nada de lo perteneciente á mi esencia; sólo sabía que yo era una cosa que piensa ó lo que es lo mismo, que tiene en sí la facultad de pensar.

La segunda de las observaciones, afirma que aunque tengamos la idea de una cosa más perfecta que nosotros no por eso vamos á establecer como cierto que esa idea sea más perfecta que nosotros y que exista lo que la idea representa.

Á esto contesto, que en la palabra *idea* hay algo que se presta al equívoco. Si consideramos la idea como una operación del entendimiento, no podemos decir que sea más perfecta que nosotros; y si la tomamos en un sentido objetivo, atendiendo á la cosa representada por la operación del entendimiento, esa cosa, sin suponer que exista fuera del entendimiento puede, no obstante, ser más perfecta que nosotros, por razón de su esencia. En este tratado demostraré, con la debida amplitud, que si tenemos idea de una cosa más perfecta que nosotros, podemos afirmar con toda legitimidad que esa cosa existe verdaderamente.

He leído dos escritos muy extensos sobre esta materia, en los que se combaten no mis argumentos, sino mis conclusiones, con razonamientos sacados de lugares comunes, utilizados por los ateos para defender su descreimiento. No quiero contestar á esos escritos por dos razones. Es la primera, que esa clase de razonamientos, ninguna impresión hará en el espíritu de los que comprenden bien las razones en que se fundan mis ideas. Es la segunda, que los juicios de muchos son tan débiles y tan poco razonables, que se dejan vencer por las primeras opiniones que han recibido por

falsas que sean y por muy alejadas que estén de lo verosímil, y rechazan una sólida y verdadera refutación de sus opiniones, por no dejar de creer en lo que siempre creyeron. Además, no quiero exponer aquí detalladamente los argumentos que esos ateos emplean para impugnar mis doctrinas.

Sólo diré que sus alegaciones al combatir la existencia de Dios dependen de la falsa suposición que atribuye á Dios afecciones humanas ó de creer en nuestros espíritus tanta prudencia y tanto poder como el que se necesita para comprender lo que Dios debe y puede hacer. Ninguna dificultad presentan á nuestras creencias estos argumentos, si recordamos que debemos considerar las cosas como finitas y limitadas y á Dios como ser infinito é incomprensible.

Después de conocer los juicios que sobre mi libro se han formado — y que he expuesto y refutado brevemente en este pequeño prefacio — decidí tratar otra vez más de Dios y del alma humana, para establecer los fundamentos de la filosofía sin esperar ningún elogio del vulgo ni aspirar á que mi libro sea leído por muchos. Aconsejaré su lectura solamente á los que quieran meditar seriamente, puedan prescindir de la comunicación de los sentidos y estén libres de toda clase de prejuicios. El número de lectores será muy escaso.

Los que no se cuidan del orden y enlace de las razones y se divierten comentando humorísticamente lo que leen, no sacarán gran fruto de la lectura de este tratado; si en varios lugares del libro hallan algo á propósito para su crítica de seguro que nada contendrá esta que sea digno de contestación.

No prometo dejar satisfechos á los que se tomen la molestia de conocer lo que pienso, ni soy tan vanidoso para presumir que puedo prever las dificultades que al entendimiento se presenten durante la lectura de mi obra.

En primer término, expondré en estas Meditaciones los mismos pensamientos que me han persuadido de que he llegado á un conocimiento cierto y evidente de la verdad, para ver si de ese modo logro persuadir á los demás.

Después de esta exposición contestaré á las obje-

ciones que me han sido hechas por personas de talento y cultura que han leído mi obra antes de imprimirse. Tantas han sido las objeciones y de tan diverso carácter que mucho dudo de la novedad de las que puedan hacérseme en lo sucesivo, porque han sido tratados ya todos los aspectos que ofrecía la materia.

Á todos los que lean estas Meditaciones, vivamente suplico que no formen juicio alguno sobre ellas, hasta después de haber leído todas las objeciones y las contestaciones que las he dado para ratificar mi doctrina.

---

## COMPENDIO

### DE LAS SEIS MEDITACIONES SIGUIENTES

---

En la primera expongo las razones que tenemos para dudar de todas las cosas en general y especialmente de las materiales, mientras las ciencias se hallen en el mismo estado en que hoy se encuentran y sean los mismos sus fundamentos.

La utilidad de una duda inicial tan amplia es muy grande, porque nos despoja de toda clase de prejuicios y nos prepara un camino muy fácil para libertar á nuestro espíritu de la influencia que sobre él ejercen los sentidos. De ese modo, una vez conocidas las cosas como verdaderas, es imposible que vuelva á surgir la duda.

En la segunda, el espíritu que usando de su libertad, supone que no existen las cosas que le ofrecen la más pequeña duda, reconoce que es absolutamente imposible que él no exista; lo cual es de extraordinaria utilidad, porque por ese camino se llega á distinguir con facilidad lo que pertenece al espíritu, es decir, á la naturaleza intelectual, de lo que pertenece al cuerpo.

Algunos esperarán que al llegar á este punto exponga razones que prueben la inmortalidad del alma. Á estos, creo de mi deber advertirles que nada he escrito en este tratado que no pudiera demostrar de la manera más exacta del mundo; y como sigo un orden semejante al empleado por los geómetras, antes de establecer una conclusión demuestro primeramente todo lo que la fundamenta. Para probar la inmortalidad del alma hay que conocer antes otras verdades sin las cuales no se puede llegar á esa demostración.

Si queremos tener un concepto preciso de la inmortalidad del alma, lo primero que necesitamos es formar de ésta una idea clara, completamente distinta de la concepción que del cuerpo hayamos formado. Esto ya lo hemos hecho en las dos primeras meditaciones. Además, necesitamos saber que todas las cosas que clara y distintamente concebimos, son verdaderas al modo que han sido concebidas. Esto no puede probarse antes de la cuarta Meditación. Hay que tener también, un concepto claro y distinto de la naturaleza corporal, concepto que en parte se forma en la segunda Meditación y en parte en la quinta y sexta. Y, finalmente, debe concluirse que

cuando se concibe clara y distintamente la diversidad de dos substancias, como concebimos la del espíritu y cuerpo, es que son en realidad distintas. Á esta conclusión llegamos en la sexta Meditación y la vemos confirmada por el hecho de que si imaginamos divisibles todos los cuerpos, sin excepción, el espíritu, el alma del hombre no podemos concebirla más que como indivisible: podemos imaginar la mitad de cualquier cuerpo, por pequeño que sea, y nos es imposible figurarnos la mitad del alma. ¿Qué prueba esta imposibilidad? Prueba que no sólo son diversas la naturaleza del espíritu y del cuerpo, sino que en cierto modo son opuestas.

De esta materia no trato en las Meditaciones anteriores, porque lo dicho en ellas, basta para demostrar que de la corrupción del cuerpo no se sigue la del alma y porque las premisas para concluir la inmortalidad del alma, dependen de la explicación de la física: primeramente, para saber que generalmente todas las substancias, todas las cosas que no pueden existir sin ser creadas por Dios, son por naturaleza incorruptibles y no es posible dejen de ser, si Dios no las reduce á la nada; y luego, para observar cómo el cuerpo, en general, es una substancia y por eso no perece y cómo el cuerpo humano, en particular, tiene cierta configuración y accidentes en sus miembros por los que se distingue de todos los demás cuerpos de la tierra. El alma carece de los accidentes del cuerpo, es una substancia pura. Podrá concebir unas cosas, y sentir y querer otras, pero en medio de estas variaciones el alma no cambia, es siempre la misma. El cuerpo humano, por el contrario, experimenta modificaciones, cambia, se transforma y, por consiguiente, puede perecer. El espíritu ó el alma del hombre, no puede perecer, porque es inmortal por su propia naturaleza.

En la tercera Meditación, explico extensamente el argumento principal de que me sirvo para probar la existencia de Dios. No he querido servirme de comparaciones sacadas de las cosas corporales, á fin de alejar en lo posible, el espíritu de los lectores, del uso y comunicación de los sentidos. Á esto se debe, sin duda, el que haya obscuridades como la siguiente: porque la idea de un Ser soberanamente perfecto, idea que existe en nosotros, contiene tanta realidad objetiva, es decir, participa por representación de tantos grados de perfección que hacen creer que procede de una causa soberanamente perfecta.

Esas obscuridades serán disipadas en las contestación á las objeciones que se me han dirigido. En esa contestación, he aclarado la duda relativa á la causa soberanamente perfecta, valiéndome de esta comparación: un obrero concibe la idea de una máquina artificial y muy ingeniosa; el artificio objetivo de esa idea, debe tener alguna causa que es ó la ciencia del obrero á la de otro de quien haya recibido la idea. Del mismo modo es imposible que la idea de Dios, impresa en nosotros, no tenga á Dios por causa.

En la cuarta, pruebo que todas las cosas que concebimos muy claramente y muy distintamente, son verdaderas; explico en qué consiste la naturaleza de la falsedad ó error, cosa que debemos saber, tanto para confirmar las verdades precedentes como para mejor entender las que siguen. He de hacer notar que no trato del pecado, que es, al fin y al cabo, un error, el que se comete practicando el mal ó alejándose del camino del bien. Me ocupo, únicamente del error relativo al discernimiento de lo verdadero y de lo

falso y por eso no hablo de las cosas **que** pertenecen á la fe y á la moral. Sólo las que guardan alguna relación con las verdades especulativas y las que pueden ser conocidas por la luz natural de la razón, constituyen el objeto de mi estudio.

En la quinta Meditación, explico, en términos generales, la naturaleza de las cosas corporales; demuestro la existencia de Dios con un nuevo razonamiento en el que al pronto se encontrará alguna obscuridad, que será disipada en las respuestas á las críticas que ha merecido mi obra; y haré ver cómo es cierto que hasta la exactitud de las demostraciones geométricas, depende del conocimiento de Dios.

En la sexta, distingo la acción del entendimiento de la de la imaginación y describo los caracteres de una y otra; demuestro que el alma del hombre es realmente distinta del cuerpo, aunque estén tan estrecha é íntimamente unidos que compongan una misma cosa; expongo, á fin de evitarlos, todos los errores que proceden de los sentidos; y, finalmente, aporto las razones con las que podemos concluir la existencia de las cosas materiales. No juzgo esas razones de utilidad muy grande, porque prueban lo que no hace falta probar. Que existe un mundo, que los hombres tienen cuerpo y otras cosas semejantes, por nadie han sido puestas en duda. En este sentido su importancia es bien poca; pero desde cierto punto de vista la tienen y realmente extraordinaria, porque esas razones que prueban la existencia de las cosas materiales no son tan firmes ni tan evidentes como las que conducen al conocimiento de Dios y del alma; lo cual nos dice con toda claridad que estas razones son las más ciertas y evidentes que puede comprender el espíritu humano. Eso es lo que me he propuesto probar en las seis Meditaciones.

En este extracto he omitido muchas cuestiones de que me ocupo en mi tratado. Claro es que ninguna tiene gran importancia, puesto que sólo hablo de ellas incidentalmente.

# MEDITACIONES

## SOBRE LA FILOSOFÍA PRIMERA

QUE PRUEBAN CLARAMENTE

## LA EXISTENCIA DE DIOS

Y LA DISTINCIÓN

ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO DEL HOMBRE

## MEDITACIÓN PRIMERA

DE LAS COSAS QUE PODEMOS PONER EN DUDA

Hace algún tiempo que vengo observando que desde mis primeros años he recibido por verdaderas muchas opiniones falsas que no pueden servir de fundamento sino á lo dudoso é incierto, porque sobre el error no puede levantarse el edificio de la verdad. Con los principios que me habían enseñado nada útil podía conocer, porque de principios falsos no se deducen consecuencias ciertas, y decidí deshacerme de todos los conocimientos adquiridos hasta entonces y comenzar de nuevo la labor, á fin de establecer en las ciencias algo firme y seguro. Dificil era la empresa é impropia de un joven desprovisto de experiencia; por eso esperé llegar á la edad madura, la más á propósito para lle-

var á la práctica ideas que tanta firmeza y constancia exigen; y creería faltar á un deber si no pusiera manos á la obra. Pienso que estoy en las mejores condiciones para ello. He libertado mi espíritu de toda clase de preocupaciones; las pasiones no han dejado en mí su huella profunda y funesta; me he procurado un seguro reposo en esta apacible soledad. Puedo, pues, dedicarme á destruir mis antiguas opiniones, para que la verdad ocupe el puesto que merece. Creo que no será necesaria una demostración de la falsedad de esas opiniones porque sería cosa de no acabar nunca. Debo rechazar, no sólo lo que aparece manifiestamente erróneo, sino también todo lo que me ofrezca la más pequeña duda. No tengo precisión de examinar una por una todas mis antiguas opiniones para ver si deben ser rechazadas; ya he dicho antes que así no acabaríamos nunca. La ruina de los cimientos causa el derrumbamiento del edificio. Examinemos, pues, los principios en que se apoyaban mis antiguas ideas.

Todo lo que hasta ahora he tenido por verdadero y cierto ha llegado á mí por los sentidos; algunas veces he experimentado que los sentidos engañan; y como del que nos engaña una vez no debemos fiarnos, yo no debo fiarme de los sentidos.

Pero si estos nos inducen á error en algunas cosas en las poco sensibles y muy lejanas, por ejemplo — hay muchas que por los sentidos conocemos y de las cuales no es razonable dudar : que yo estoy aquí, sentado al lado del fuego, con un papel entre las manos, vestido de negro, es cosa indudable para mí. ¿Cómo puedo negar que estas manos y este cuerpo son míos? Para negarlo tendría que ser un insensato ó un perturbado, como esos que aseguran continuamente que son emperadores y van vestidos de andrajos, ó creen que poseen trajes de oro y púrpura y van desnudos ó se imaginan ser un cántaro ó que su cuerpo es de cristal. Esos son locos y yo sería tan extravagante como ellos si siguiera su ejemplo.

Sin embargo, no he de olvidar que soy hombre y, por consiguiente, que tengo la costumbre de dormir y de representarme en sueños las cosas reales y otras tan inverosímiles y descabelladas como las que se les

ocurren á esos insensatos. Cuántas veces he soñado que estaba como ahora, vestido, sentado ante la mesa, junto al fuego, con un papel entre las manos, y sin embargo, dormía en mi lecho!

¿Estaré soñando ahora? Mis ojos ven claramente el papel en que escribo; muevo la cabeza á un lado y á otro con perfecta soltura, levanto el brazo y me doy clara cuenta de ello. Todo esto me parece mucho más distinto y preciso que un sueño. No, no estoy soñando.

Pero pienso con detenimiento en lo que en este momento me pasa y recuerdo que durmiendo me frotaba los ojos para convencerme de que no estaba soñando, y me hacía las mismas reflexiones que despierto me hago ahora. Eso me ha ocurrido muchas veces. De aquí deduzco que no hay indicios por los que podamos distinguir netamente la vigilia del sueño. No los hay, y porque no los hay me pregunto lleno de extrañeza, ¿será un sueño la vida? y estoy, á punto de persuadirme de que en este instante me hallo durmiendo en mi lecho.

Supongamos que dormimos y que todas esas particularidades como la de levantar el brazo, mover la cabeza y otras semejantes no son más que ilusiones; pensemos que nuestro cuerpo tal vez no es como lo vemos; y á pesar de esa suposición y de ese pensamiento, tendremos que confesar que las cosas que durante el sueño nos representamos son á la manera de cuadros, de pinturas, que no pueden estar hechos sino á semejanza de alguna cosa real y verdadera y, por tanto, esas cosas generales — una cabeza, unos ojos, unas manos, un cuerpo completo — no son imaginarias, sino reales y existentes.

Los pintores, cuando tratan de representar, por medio de los colores, una sirena ó un sátiro, por muy extravagantes y raras que sean las figuras, por mucho que sea su artificio, no pueden pintar formas y naturalezas completamente nuevas; todo lo más que hacen es una composición, una mezcla de miembros de los cuerpos de diferentes animales. Y aun en el caso de que su imaginación sea tan excepcional que invente algo tan nuevo que nunca se haya visto, y que represente una cosa fingida y falsa en absoluto, los colores

que emplee para pintar son necesariamente verdaderos.

Por la misma razón, aunque esas cosas generales — un cuerpo, unos ojos, unas manos — sean imaginarias, hay que confesar por lo menos que han existido otras más simples y universales todavía, pero reales y verdaderas, de cuya mezcla — lo mismo que de la de colores, del ejemplo anterior — se han formado, verdaderas y reales ó fingidas y fantásticas, las imágenes de las cosas que residen en nuestro pensamiento.

Á ese género de cosas pertenecen la naturaleza corporal en general y su extensión; luego vienen, la figura de las cosas extensas, su cantidad ó tamaño, su número, el lugar que ocupan, el tiempo que mide su duración y otras análogas. No creemos afirmar nada inexacto al decir que la física, la astronomía, la medicina y las demás ciencias que dependen de la consideración de las cosas compuestas, son muy dudosas é inciertas; en cambio, la aritmética, la geometría y las otras ciencias análogas, que tratan de cosas muy simples y muy generales, sin preocuparse de si existen ó no en la Naturaleza, contienen algo cierto é indudable. Esté despierto ó esté dormido, dos y tres son cinco y el cuadrado tiene cuatro lados; verdades tan claras como estas no pueden calificarse de falsas ó inciertas.

Hace mucho tiempo que tengo la idea de que hay un Dios omnipotente, que me ha creado tal como soy. ¿Sé yo acaso si ha querido que no haya tierra, ni cielo, ni cuerpos, ni figura, ni tamaño, ni lugar y, sin embargo, ha hecho que yo tenga el sentimiento de esas cosas que no son y me parece que existen? Y aunque yo piense algunas veces que los otros se equivocan en lo que creen estar más seguros ¿quién sabe si El ha querido que yo me equivoque al decir que dos y tres son cinco, que el cuadrado tiene cuatro lados ú otra cosa más fácil, en el supuesto de que la haya? Dios no habrá querido que yo sea tan desgraciado equivocándome siempre, porque es la Suma Bondad. Pero si á esta bondad repugnaba el haberme hecho de tal modo que siempre me engañara, tampoco debía permitir que me engañe algunas veces; y, sin embargo, estoy seguro de que me engaño.

Al llegar aquí, de seguro, hay quien prefiere negar la

existencia de un Dios tan poderoso á creer que todas las demás cosas son inciertas. No discutamos con los que tal opinión sostienen y concedámosles, por ahora, que lo que se ha dicho de Dios es pura fábula. Si el engañarse, si el errar es una imperfección, ya puedo explicarme del modo que quiera el haber llegado al estado y al ser que tengo, que ya lo atribuya al destino ó á la fatalidad, ya lo refiera al azar, ya proceda de la continua serie de las cosas y de la relación que guardan entre sí, lo cierto, lo indudable es que cuanto más expuesto esté á equivocarme, cuanto más probable sea que incurra siempre en error, tanto menos poderoso será el autor de mi existencia.

Á estas razones nada tengo que oponer; me he obligado á confesar que debe ponerse en duda todo aquello que en otro tiempo consideraba verdadero, y no por irreflexión ó ligereza sino después de pensarlo muy detenidamente y de adquirir un convencimiento basado en razones muy firmes y evidentes. Y he de cumplir esa obligación, si quiero encontrar en las ciencias algo cierto y seguro.

No basta que haga este propósito; es preciso que en todos momentos lo tenga muy presente, porque mis antiguas ideas vuelven con frecuencia á ocupar mi pensamiento; el largo y familiar contacto en que han vivido con mi espíritu, las da derecho á ello, contra mi voluntad, y las convierte en dueñas y señoras de mi inteligencia. Nunca perderé la costumbre de asentir á ellas, aunque con las debidas restricciones; en cierto modo son dudosas y no obstante, muy probables. Así, que hay más fundamento para afirmarlas que para negarlas.

No creo hacer nada malo al adoptar deliberadamente un sentido contrario al mío, engañándome á mí mismo, y al fingir por algún tiempo que todas mis antiguas opiniones son falsas é imaginarias; quiero con esto equilibrar mis anteriores y mis actuales prejuicios con el fin de que mi inteligencia no se incline á ningún lado con preferencia á otro y mi juicio no se vea dominado por prácticas perjudiciales, que lo desvían del recto camino que puede conducirle al conocimiento de la verdad.

Estoy seguro de que con ese procedimiento, no hay peligro ni error, y que esta desconfianza inicial no significa gran cosa, puesto que no es el presente el momento de obrar, sino el de meditar y conocer.

Supondré, pues, que Dios — la Suma Bondad y la Fuente soberana de la verdad — es un genio astuto y maligno que ha empleado su poder en engañarme; creeré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las cosas exteriores, son ilusiones de que se sirve para tender lazos á mi credulidad; consideraré, hasta que no tengo manos, ni ojos, ni carne, ni sangre, ni sentidos y que á pesar de ello creo falsamente poseer todas esas cosas; me adheriré obstinadamente á estas ideas; y si por este medio no consigo llegar al conocimiento de alguna verdad, puedo por lo menos suspender mis juicios, cuidando de no aceptar ninguna falsedad. Prepararé mi espíritu tan bien para rechazar las astucias del genio maligno, que por poderoso y astuto que sea no me impondrá nada falso.

Mi propósito es penoso y difícil; cierta pereza me invade é insensiblemente me lleva á mi vida ordinaria, y del mismo modo que un esclavo sueña con la libertad y aunque sabe que está soñando no quiere despertar y encontrarse con la triste realidad de su esclavitud, yo caigo de nuevo en mis antiguas ideas, temiendo que las vigiliass laboriosas que han de suceder á la tranquilidad de mi vida reposada, en lugar de proporcionarme alguna luz en el conocimiento de la verdad, sean insuficientes para aclarar las tenebrosas dificultades que acabo de remover.

## MEDITACIÓN SEGUNDA

DE LA NATURALEZA DEL ESPÍRITU HUMANO, QUE ES  
MÁS FÁCIL DE CONOCER QUE EL CUERPO

La meditación en que me sumí ayer ha llenado mi espíritu de tanta dudas que difícilmente podré deshacerme de ellas. Y, sin embargo, no veo el modo de resolverlas. Como si hubiera caído en un pozo no hallo terreno firme para poner la planta, y mis esfuerzos por llegar á la superficie son vanos. Haré todo lo que pueda y seguiré el camino en que entré ayer, alejándome de lo que me ofrezca la más pequeña duda, como si fuera completamente falso; continuaré por ese mismo camino hasta que encuentre algo cierto, ó al menos hasta que me convenza de que nada cierto hay en el mundo.

↳ Arquímedes, para transportar el globo terrestre de un lugar á otro, no pedía más que un punto firme é inmóvil; yo tendré derecho á concebir las mayores esperanzas si soy bastante feliz para encontrar una cosa, nada más que una, cierta é indudable.

↳ Supongo que todos los objetos que veo son falsos; me persuado de que nada ha existido de lo que mi memoria, llena de falsedades, me representa; pienso que carezco de sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar son ficciones de mi espíritu. ¿Qué hay, pues, digno de ser considerado como verdadero? Tal vez una sola cosa : que nada cierto hay en el mundo.

↳ ¿Hay alguna otra cosa, diferente de las que acabo de reputar inciertas, de la cual no pueda haber la menor duda? ¿No hay algún Dios ó algún otro poder que haga nacer en mi espíritu estos pensamientos? No es eso necesario porque puedo producirlos yo mismo. Yo por lo menos, ¿no soy algo? Ya he negado que ya ten-

go cuerpo y sentidos; vacilo, no obstante; ¿qué se sigue de aquí? ¿Dependo del cuerpo y de los sentidos, de tal manera que sin ellos no puedo existir? Pero yo me he persuadido de que nada hay en el mundo: ni cielo, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpos. ¿No me he persuadido también, de que yo mismo no existía? Sin duda, yo era, puesto que me he persuadido ó he pensado algo. Pero hay un no sé que muy poderoso y astuto que emplea toda su industria en engañarme siempre. No hay duda de que soy, si él me engaña; y me engañe todo lo que quiera, no podrá hacer que yo no sea en tanto piense ser alguna cosa. De suerte, que después de pensar mucho y examinar cuidadosamente todas las cosas, es preciso concluir que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera, siempre que la pronuncio ó la concibo en mi espíritu.

Estoy cierto de que soy, pero no sé con claridad lo que soy. En adelante, procuraré no tomar por lo que yo soy alguna otra cosa, y así no desaprovecharé ese conocimiento más cierto y evidente que todos los que antes adquirí.

Consideraré de nuevo lo que yo creía ser antes de tener estos pensamientos; de mis antiguas opiniones no quedarán en pie más que aquello digno de ser considerado rigurosamente cierto é indudable. ¿Qué es lo que antes yo creía ser? Pensaba que era un hombre. ¿Y qué es un hombre? ¿Diré que es un animal racional? No, por cierto, porque me vería precisado á investigar lo que es animal y lo que es racional, y de una sola cuestión se formarían otras muchas más difíciles y complicadas; no quiero perder el poco tiempo que me queda en resolver semejantes dificultades. Mejor será que me detenga á examinar los pensamientos que antes nacían en mi espíritu, inspirados por mi misma naturaleza, cuando me aplicaba á la consideración de mi ser. En primer término, pensaba que yo tenía rostro, manos, brazos, en suma la máquina compuesta de hueso y carne que yo llamaba cuerpo. Pensaba, además, que me alimentaba, andaba, sentía, pensaba, y refería estos actos al alma; pero yo no me detenía á pensar lo que era el alma, y si alguna vez fijaba ligeramente mi atención en ella, la imaginaba

como una cosa sumamente rara y sutil, como un viento, una llama, un aire muy desleído que se extendía hasta por las partes más groseras de mi cuerpo.

Ninguna duda tenía acerca de la naturaleza del cuerpo, y si hubiera querido explicarlo según las nociones que entonces formé, lo hubiera descrito del siguiente modo : Entiendo por cuerpo todo lo que puede ser terminado por alguna figura; que puede ser comprendido en algún lugar y llenar un espacio de tal manera que cualquier otro cuerpo quede excluido de ese espacio; que puede ser sentido por el tacto, la vista, el oído, el gusto ó el olfato; que puede ser movido en diversos sentidos por la impresión que recibe cuando siente el contacto de una cosa extraña; no puede moverse por su propio impulso, como tampoco puede pensar ó sentir, porque esto ya no pertenece á la naturaleza del cuerpo; me extrañaba, por el contrario, que semejantes facultades se encontraran en algunos.

Pero, yo ¿qué soy ahora que supongo que hay cierto genio poderoso, maligno y astuto que emplea toda su industria y toda su fuerza en engañarme? ¿Puedo asegurar que poseo la cosa más insignificante de las que he nombrado como pertenecientes al cuerpo, según mis antiguas opiniones? Pienso con atención extraordinaria en todas esas cosas, y no encuentro ninguna que se halle en mí. No es necesario que me detenga á enumerarlas. Pasemos á los atributos del alma y veamos si alguno está en mí. Los primeros son moverme y nutrirme; pero no teniendo cuerpo no puedo moverme ni nutrirme. Otro atributo es el de sentir; pero sin cuerpo no se puede sentir; además, en otro tiempo, creí sentir durante el sueño muchas cosas que al despertar reconocía no haber sentido. Otro atributo es el de pensar; este es el que me pertenece, el que no se separa de mí. Yo soy, yo existo; pero ¿cuánto tiempo? El tiempo que pienso; porque si yo cesara de pensar en el mismo momento dejaría de existir. Nada quiero admitir, si no es necesariamente verdadero. Hablando con precisión, no soy más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento, una razón, términos que antes me eran desconocidos. Luego soy una cosa verdadera y verdaderamente existente; pero ¿qué cosa?

Ya lo he dicho : una cosa que piensa. ¿Y qué más? Excitaré mi imaginación para ver si soy algo más. No soy ese conjunto de miembros llamado cuerpo humano, no soy un aire desleído y penetrante extendido por todos aquellos miembros; no soy un viento, un soplo, un vapor, ni nada de lo que yo pueda imaginarme porque he supuesto que todo es dudoso. Sin dejar de suponerlo he hallado que hay algo cierto: que yo soy algo.

Es posible que esas mismas cosas supuestas como no existentes por serme desconocidas, no sean diferentes de mí. Nada sé de ellas, y no puedo juzgar lo que no conozco; sólo sé que existo y que quiero saber lo que soy después de haber sabido que soy. Es cierto que el conocimiento de mi ser, considerado de este modo, no depende de las cosas cuya existencia ignoro, y consiguientemente tampoco de las que pueda fingir por la imaginación. Estos términos, *fingir é imaginar*, me advierten mi error; fingiría, si yo me imaginará ser algo, puesto que imaginar es contemplar la figura ó la imagen de una cosa corporal. Si con certeza que soy; pero es posible que todas esas imágenes, y en general lo que se refiere á la naturaleza del cuerpo, no sean más que sueños ó quimeras. Comprendo, pues, que al decir: Excitaré mi imaginación para ver lo que soy, he hablado con tan poco fundamento como el que dijera: Ahora estoy despierto y observo algo real y verdadero, aunque no lo veo con entera precisión; voy á dormirme otra vez para que mi sueño me lo represente con la mayor claridad y evidencia. Comprendo que lo conocido por la imaginación no pertenece al conocimiento que de mí mismo tengo; desaré mi espíritu de esa manera de concebir, á fin de que conozca distintamente su naturaleza.

En suma, ¿qué soy? Una cosa que piensa. ¿Y qué es una cosa que piensa? Es una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere, imagina y siente. No es poco, si todas esas cosas pertenecen á mi naturaleza, ¿por qué no han de pertenecer? ¿No soy yo el que ahora duda casi de todo, el que entiende y concibe ciertas cosas, el que asegura y afirma otras como verdaderas, el que niega todas las demás, el que quiere y desea más conocimientos, el que no quiere ser

engañado, el que imagina muchas cosas, y siente otras como por el intermedio de los órganos del cuerpo? ¿No es esto tan cierto como que yo soy y existo, aun cuando ahora estuviera soñando ó el que me ha dado el ser se sirviera de toda su industria para engañarme? Alguno de esos atributos ¿puede ser distinguido de mi pensamiento, ó separado de mí? Es tan evidente que soy yo el que duda, el que entiende, el que desea, que nada hay que añadir para explicarlo. Tengo también el poder de imaginar; aunque no sean verdaderas las cosas que imagino, no es menos cierto que en mí reside el poder de imaginar y que forma parte de mi pensamiento. Finalmente, soy el mismo que siento; percibo ciertas cosas como por los órganos de los sentidos, puesto que veo la luz, oigo el ruido, siento el calor. Se me dirá que estas apariencias son falsas y que estoy soñando. Aunque así sea, siempre es cierto, por lo menos, que me parece ver la luz, oír el ruido y sentir el calor; esto no puede ser falso; es, propiamente, lo que en mí se llama sentir, lo cual equivale á pensar. Ya comienzo á comprender lo que soy con un poco más de claridad que antes.

No obstante, me parece — y no puedo impedirme el creerlo así — que las cosas corporales, cuyas imágenes se forman por el pensamiento, que caen bajo la acción de los sentidos, y que estos mismos examinan, no son conocidas mucho más distintamente que esa parte de mi ser que cae bajo la acción de mi poder imaginativo. Es bien extraño que conozca y comprenda las cosas cuya existencia me parecía dudosa y que no me pertenecen, mejor que aquellas otras de que estaba persuadido y que pertenecen á mi propia naturaleza.

Bien veo en qué consiste; mi espíritu es un vagabundo que se complace en andar extraviado y que no quiere sufrir que se le retenga en los justos límites de la verdad. Dejémosle una vez siquiera en libertad completa, permitámosle considerar los objetos que le parece existen en el exterior, y luego haremos que se detenga en la consideración de su ser y de las cosas que en él encuentra. De este modo se dejará conducir con mayor facilidad.

Veamos ahora las cosas que el vulgo considera más

fáciles de conocer y más distintamente conocidas, es decir, los cuerpos que tocamos y contemplamos; pero no los cuerpos en general, porque son de ordinario un poco confusas las nociones generales, sino refirámonos á un cuerpo en particular. Tomemos por ejemplo este trozo de cera; hace poco ha sido extraído de la colmena; aún no ha perdido la dulzura de la miel y todavía conserva el olor de las flores; su calor, su figura, su tamaño son aparentes; es duro, es frío, es manejable; si dáis en él un golpecito se producirá un sonido. Mientras hablo lo aproximo al fuego; exhala los restos de su dulzura, su olor se evapora, cambia el color, pierde la figura, el tamaño aumenta, se convierte en líquido, se calienta, no se le puede manejar, y si golpeamos en él ningún sonido se produce. Después de este cambio tan grande ¿subsiste la misma cera? Hay que contestar afirmativamente, porque nadie es capaz de ponerlo en duda. ¿Qué conocíamos tan distintamente en ese trozo de cera? No puede ser nada de lo que he observado por el intermedio de los sentidos puesto que todas las cosas que caían bajo el gusto, el olfato, la vista, el tacto y el oído, se hallan completamente transformadas; sólo la cera subsiste.

Tal vez era lo que pienso ahora, á saber, que esta cera no existía como yo creí, y lo mismo pasó con su dulzura de miel, con su olor florido, con su blancura, con su figura, con su sonido. Esta cera es un cuerpo que hace unos momentos me parecía sensible bajo unas formas y ahora se me presenta bajo otras completamente distintas.

¿Qué es lo que imagino cuando la concibo de ese modo? Consideremos atentamente el objeto prescindiendo de todo lo que no pertenece á la cera, y veamos lo que queda. No queda más que algo extenso, flexible y mudable. ¿Qué es eso de flexible y mudable? ¿Es que imagino que siendo redonda la cera, puede hacerse cuadrada, y después adoptar una forma triangular? No debe ser eso, puesto que la concibo capaz de recibir infinidad de cambios semejantes, y como esa infinidad no puede ser abarcada por mi imaginación, esta concepción que he formado de la cera no se realiza por la facultad de imaginar. Y la extensión

¿qué es? ¿No es desconocida también? porque es mayor cuando la cera se funde, mayor cuando se quema, y mayor aún si el calor aumenta; no concebiría clara y verdaderamente lo que es la cera, si pensara que ese trozo es capaz de recibir más variedad en armonía con una extensión que nunca imaginé. Preciso es convenir en que, por la imaginación, no llegaré á saber lo que es este trozo de cera, y en que sólo mi entendimiento puede comprenderlo.

¿Qué es ese trozo de cera que sólo el entendimiento ó el espíritu pueden comprender? Es el mismo que toco veo, imagino, es el mismo que creí era en un principio. Observemos que mi percepción no es una visión ni un contacto ni una imaginación, ni lo ha sido nunca aunque lo pareciera; es una inspección del espíritu, imperfecta y confusa antes, clara y distinta ahora, porque la atención se ha fijado detenidamente en el objeto y en los elementos de que se compone.

¡ Cuán grande es la debilidad de mi espíritu y la inclinación que le lleva al error insensiblemente! Digo esto porque ahora que me limito á pensar sin hablar, las palabras se me aparecen como un obstáculo y casi me he dejado engañar por los términos del lenguaje ordinario. Decimos que vemos la misma cera y no que juzgamos que es la misma, fundándonos en que son los mismos su color y su figura; de esto estuve á punto de concluir que conocemos la cera por la visión de los ojos y no por la inspección del espíritu. Si miro por una ventana y pasan por la calle algunos hombres, así como no vacilé para decir que veía la cera, tampoco vacilo para decir ahora que veo hombres. Y ¿qué veo desde esta ventana, sino sombreros y capas que pueden cubrir máquinas artificiales movidas por un resorte? Pero juzgo que son hombres, y comprendo, por el poder de juzgar que reside en mi espíritu, lo que creía conocer por mis ojos.

Un hombre que trata de elevar su conocimiento sobre el nivel vulgar debe avergonzarse de fundar sus dudas en las formas de hablar que el vulgo ha inventado; yo prefiero pasar adelante y considerar si concebía con más evidencia y perfección lo que era la cera cuando la vi en un principio y creí conocerla por me-

dio de los sentidos exteriores, ó al menos por el sentido común ó por la facultad imaginativa — que la concibo ahora, después de examinar cuidadosamente lo que es y de qué manera puede ser conocida. Sería ridículo ponerlo en duda. ¿Qué había de distinto en la primera percepción? ¿Qué había que no pudiese caer del mismo modo bajo los sentidos del más insignificante de los animales? Pero cuando distingo la cera de sus formas exteriores, y, como si le hubiera quitado sus vestiduras, la considero desnuda, comprendo que, aun encontrándose en mi juicio algún error, ese modo de concebir las cosas es imposible, sin un espíritu humano. ¿Y qué diré de este espíritu, es decir, de mí mismo? porque hasta ahora lo único que admito en mí es el espíritu. ¿Cosa extraña! Yo, que concibo este trozo de cera con tanta claridad y distinción, ¿no me conozco á mí mismo, no sólo con más verdad y certeza, sino con mucha mayor claridad y distinción? Si juzgo que la cera es ó existe porque la veo, más evidente es que yo soy ó existo, porque yo soy el que la veo. Podemos suponer que lo visto por mí no es la cera, y hasta que carezco de ojos; pero lo que de ninguna manera puedo suponer es que no soy alguna cosa, cuando veo, cuando no distingo, cuando pienso. Por la misma razón, si juzgo que la cera existe por que la toco, también juzgaré que yo existo puesto que la toco; si juzgo que la cera existe porque mi imaginación ú otra causa cualquiera me persuade de ello, concluiré también que existo. Lo que digo de la cera puede aplicarse á todas las cosas que se hallan fuera de mí. Además, si la noción ó percepción de la cera me parece más clara y distinta porque la han hecho más manifiesta, no sólo la vista ó el tacto, sino también otras muchas causas — es natural que yo me conozca ahora con más evidencia, distinción y claridad que antes, puesto que todas las razones que sirven para conocer y concebir la naturaleza de la cera ó de cualquier otro cuerpo, prueban mucho mejor la naturaleza de mi espíritu. Y tantas otras cosas se encuentran en el espíritu mismo que pueden contribuir al esclarecimiento de su naturaleza, que las relativas al cuerpo casi no merecen la pena de tenerse en cuenta.

Héme aquí en el punto á que quería llegar. Si puedo afirmar con pleno convencimiento que los cuerpos no son conocidos propiamente por los sentidos ó por la facultad de imaginar, sino por el entendimiento; si puedo asegurar que no los conocemos en cuanto los vemos á tocamos sino en cuanto el pensamiento los comprende ó entiende bien, — veo claramente que nada es tan fácil de conocer como mi espíritu. Mas, para no deshacerme de una opinión considerada, por mucho tiempo, como cierta, será conveniente que me detenga un poco en este punto, á fin de que mi meditación imprima indeleblemente en mi memoria ese nuevo conocimiento.

## MEDITACIÓN TERCERA

### DE DIÓS; QUE EXISTE

Ahora cerraré los ojos, me taparé los oídos, condenaré todos mis sentidos á la inacción, borraré de mi pensamiento las imágenes de las cosas corporales, y si no es posible las reputaré vanas y falsas; y considerando atentamente mi interior, trataré de hacerme más conocido y familiar á mí mismo.

Soy una cosa que piensa, es decir, una cosa que duda, afirma, niega, conoce poco, ignora mucho, ama, odia, quiere, no quiere, imagina y siente. Aunque las cosas que siento é imagino nado sean consideradas en sí, fuera de mí, tengo la seguridad de que esos modos de pensar que yo llamo sentimientos é imágenes, residen y se encuentran en mí, en tanto son modos del pensamiento. Y en lo que acabo de decir, creo haber referido todo lo que sé verdaderamente, ó al menos lo que hasta ahora he observado que sé.

Al tratar de extender mis conocimientos usaré una extremada circunspección y examinaré cuidadosa-

mente si puedo descubrir en mí algunas otras cosas que hasta este momento no he observado.

Estoy seguro de que soy una cosa que piensa; pero, ¿sé acaso lo requerido para estar cierto de algo? En este primer conocimiento me he asegurado de la verdad por una clara y distinta percepción de lo conocido. Esta percepción no sería suficiente para darme la seguridad de que lo que afirmo es verdadero, si pudiera ocurrir que una cosa concebida con toda claridad y distinción fuese falsa. Me parece que puedo ya establecer la regla general de que todas las cosas que concebimos muy clara y distintamente, son verdaderas.

En otro tiempo recibí y admití como muy ciertas y manifiestas muchas cosas, reconocidas después como dudosas é inciertas. ¿Cuáles eran esas cosas? La tierra, el cielo, los astros y todas las percibidas por el intermedio de los sentidos. ¿Qué era en ellas lo concebido por mí clara y distintamente? Bien sencillo: que las ideas ó pensamientos de estas cosas se presentaban á mi espíritu. No niego ahora que esas ideas se encuentren en mí; pero entonces, había en ellas algo que yo tenía por seguro y que la costumbre de creerlo me hacía imaginar que lo veía muy claramente, aunque en realidad no lo percibiera; ese algo era la creencia de que fuera de mí existían cosas, de las cuales procedían ideas semejantes á las realidades exteriores. En eso me equivocaba, y en el caso de que juzgara según la verdad, no era ningún conocimiento la causa de la verdad de mi juicio. Pero cuando consideraba alguna cosa muy sencilla y muy fácil, relativa á la aritmética y á la geometría (por ejemplo que dos y tres son cinco, y otras semejantes) ¿no las concebía con la suficiente claridad para asegurarme de que eran verdaderas?

Si he juzgado que podía dudar de estas cosas, ha sido por una razón surgida de la idea que ha venido á mi espíritu, de que algún Dios me ha podido dar una naturaleza tal que haga que me equivoque hasta en las cosas más manifiestas. Siempre que la idea del soberano poder de un Dios se presenta á mi pensamiento, me veo obligado á confesar que, si quiere, le es fácil hacer que yo me equivoque hasta en las cosas que creo conocer con una evidencia muy grande. En cambio,

cuando considero las cosas que pienso concebir muy claramente, me persuado de tal modo de su verdad, que llego hasta creer que ese Dios no podrá hacer que yo no sea nada mientras pienso ser algo; que algún día sea verdadero que nunca he sido, siendo cierto que ahora soy; que dos y tres sean más ó menos de cinco; y que no sean ó sean de otra manera cosas semejantes á estas y que yo concibo con toda claridad.

Si ninguna razón tengo para creer que haya un Dios que me engañe, y si todavía no he examinado las que prueban que existe un Dios, la razón de dudar que depende solamente de la opinión expuesta, es bien ligera y, por decirlo así, metafísica. Pero á fin de quitarle el fundamento que pudiera tener, procuraré saber si hay un Dios tan pronto como de ello se me presente ocasión; y si veo que hay uno, intentaré saber si puede engañarme. Sin el conocimiento de estas dos verdades, es imposible considerar como cierta ninguna cosa. Á fin de tener ocasión de examinar estas cuestiones, sin interrumpir el orden que me he propuesto en mis meditaciones — pasar por grados de las primeras nociones que encuentre en mi espíritu, á las que pueda hallar después — es preciso dividir mis pensamientos en ciertos géneros y considerar en cuáles de éstos hay propiamente verdad ó error.

Algunos de mis pensamientos son como las imágenes de las cosas, y á éstos conviene el nombre de idea; por ejemplo, cuando me represento un hombre, una quimera, el cielo, un ángel ó Dios mismo. Otros tienen diferentes formas; cuando yo quiero, temo, afirmo ó niego, concibo algo que es como el sujeto del acto de mi espíritu, pero por este acto agrego alguna cosa á la idea que tengo de aquel *algo*. En este género de pensamientos unos se llaman voliciones ó afecciones, y los otros juicios.

▼ Por lo que á las ideas respecta, si las consideramos en sí, no refiriéndolas á ninguna cosa, no pueden, en rigor, ser falsas; si imagino una quimera, es cierto que la imagino. Tampoco encontramos falsedad en las afecciones ó voliciones; aunque no existan las cosas que deseo, ó aunque sean muy malas nunca dejaré de ser cierto que las deseo.

✓ Examinemos los juicios. En ellos hemos de tener mucho cuidado para no equivocarnos. El principal error y el más ordinario que encontramos en los juicios, consiste en creer que las ideas que están en mí, son semejantes ó conformes á las cosas que están fuera de mí; si considerara las ideas como modos ó formas de mi pensamiento sin pretender referirlas á cosas exteriores, apenas tendría ocasión de equivocarme.

✓ De estas ideas, unas me parece que han nacido conmigo, otras son extrañas y proceden del exterior, y, finalmente, otras han sido hechas é inventadas por mí. La facultad de concebir lo que es una cosa, un pensamiento ó una verdad, procede de mi propia naturaleza. Si oigo un ruido, siento calor ó veo el sol, juzgo que estas sensaciones se originan en algunas cosas que existen fuera de mí. Las sirenas, los hipógrifos y otras quimeras semejantes, son ficciones é invenciones de mi espíritu. También puedo persuadirme de que todas esas ideas son del género de las que denomino extrañas y vienen del exterior, de que han nacido conmigo, ó de que han sido hechas por mí; porque aun no he descubierto claramente su verdadero origen. Por eso he de fijar ahora mi atención en las que creo proceden de algunos objetos que están fuera de mí; y expondré las razones que me obligan á creer que son semejantes á esos objetos.

La primera de estas razones consiste en que la naturaleza es la que me ha enseñado esa semejanza; y la segunda en que la experiencia me muestra que tales ideas no dependen de mi voluntad, porque se presentan en ocasiones, bien á pesar mío: ahora siento calor, quiera yo ó no lo quiera; por esto me persuado de que esa sensación ó esa idea del calor me es producida por una cosa diferente de mí, es decir, por el calor del fuego, junto al cual estoy sentado. No puede ser más razonable el juicio por el cual afirmo que esa cosa extraña, envía é imprime en mí su imagen, mejor que otra cosa cualquiera.

Ahora es necesario que yo vea si estas razones son bastante poderosas y convincentes. Cuando digo que la naturaleza me ha enseñado la semejanza entre las *seepi* y los objetos, entiendo por naturaleza cierta

inclinación que me lleva á creerlo, y no una luz natural que me haga conocer que es verdadero.

La diferencia que hay entre esas dos maneras de hablar es muy grande; yo no podría poner en duda nada de lo que la luz natural me ha hecho como ver verdadero, por ejemplo : *dudo, luego soy*; además, no existe en mí ninguna otra facultad ó poder para distinguir lo verdadero de lo falso, que me pueda enseñar lo que me enseña la luz natural, y en la cual pueda confiar lo que en ésta confío.

✓ Las inclinaciones también me parecen naturales, pero he observado con frecuencia — cuando ha sido preciso decidirse entre la virtud y el vicio — que tanto pueden inclinar al mal como al bien; por eso he procurado no seguirlas en lo relativo á la verdad y al error. En cuanto á la razón segunda, es decir, que las ideas de que nos ocupamos vienen del exterior, puesto que no dependen de mi voluntad, no la encuentro convincente. De igual manera que las inclinaciones á que me refiero se encuentran en mí — á pesar de que no siempre concuerdan con mi voluntad — puede ser que haya en mi espíritu alguna facultad ó poder para producir esas ideas sin la ayuda de las cosas exteriores; siempre me ha parecido que cuando duermo se forman en mí sin el auxilio de los objetos que representan. Aunque sean causadas por éstos, no es consecuencia necesaria de ello que sean semejantes. Yo he observado, por el contrario, en muchos casos que hay una gran diferencia entre el objeto y su idea; por ejemplo : encuentro en mí dos ideas del sol completamente distintas; una de ellas — por la cual el sol me parece extremadamente pequeño — se origina en los sentidos, y pertenece al género de las que vienen del exterior ; la otra — por la cual el sol me parece mucho mayor que la tierra — está tomada de las razones de la astronomía, es decir, de ciertas nociones nacidas conmigo, ó está formada por mí. Estas dos ideas que concibo del mismo sol no pueden ser semejantes á éste; la razón me hace creer que la que procede inmediatamente de la apariencia del astro es la más desemejante. Hasta ahora, no por juicio cierto y premeditado sino por temeraria impulsión, he creído que fuera de mí y dife-

rentes de mi ser, había cosas que por los órganos de los sentidos ó por otro medio, me enviaban sus ideas ó imágenes, é imprimían en mí sus semejanzas.

✓ Pero se presenta otro camino para indagar si entre las cosas de que tengo idea, hay algunas que existen fuera de mí. Si consideramos las ideas como modos de pensar, reconozco que no hay entre ellas diferencias ó desigualdad y que todas me parece que proceden de mí; si las considero como imágenes que representan á las cosas, es evidente que hay entre ellas grandes diferencias. Las que representan substancias son, sin duda, más amplias y contienen en sí más realidad objetiva, es decir, participan por representación de más grados de ser ó perfección que las que solamente me representan modos ó accidentes. La idea por la que concibo un Dios soberano, eterno, infinito, inmutable, omnisciente, omnipotente y creador universal de las cosas que están fuera de él, esa idea, repito, tiene más realidad objetiva que las que me representan substancias finitas.

✓ La luz natural de nuestro espíritu nos enseña que debe haber tanta realidad por lo menos en la causa eficiente y total como en su efecto; porque ¿de dónde sino de la causa puede sacar su realidad el efecto? Y ¿cómo esta causa podría comunicar realidad al efecto, si no la tenía? De aquí se sigue que la nada es incapaz de producir alguna cosa, y que lo más perfecto, lo que contiene más realidad no es una consecuencia de lo menos perfecto; esta verdad es clara y evidente en los efectos, que tienen esa realidad llamada actual ó formal por los filósofos, lo mismo que en las ideas en que sólo se considera la realidad denominada objetiva.

✓ La piedra que aun no ha sido, no puede comenzar á ser si no es producida por una cosa que posea en sí formal ó eminentemente todo lo que entra en la composición de la piedra. El calor no puede producirse en un sujeto cualquiera, si no existe una cosa de un orden, grado ó género tan perfecto por lo menos como el calor. Pero la idea del calor ó de la piedra no pueden estar en mí si no han sido puestas por una causa que contenga por lo menos tanta realidad como la que concibo en el calor ó en la piedra; porque si bien esa causa no transmite á mi idea nada de su realidad for-

mal ó actual, no por eso debemos suponer que la causa sea menos real. Toda idea es obra del espíritu, y no necesita más realidad formal que la recibida del pensamiento ó espíritu del cual es un modo. Á fin de que la idea contenga verdadera realidad objetiva, debe tomarla de alguna causa en la que se encuentra por lo menos tanta realidad formal como realidad objetiva contenga la idea. Si suponemos que en una idea se encuentra algo que no se halla en la causa, suponemos que ese algo procede de la nada; pero, por imperfecta que sea esta manera de ser, por la cual una cosa está objetivamente ó representada por su idea en el entendimiento, no se puede afirmar que ninguna importancia tiene esa manera de ser y que la idea se origine en la nada.

√ No debo tampoco imaginar que — siendo objetiva la realidad que considero en mis ideas — no es necesario que la misma realidad esté formal ó actualmente en las causas de las ideas, sino que basta con que esté objetivamente en ellas; porque del mismo modo que esa manera de ser objetivamente pertenece á las ideas por su propia naturaleza, la manera de ser formalmente pertenece á las causas de esas ideas (al menos á las primeras y principales) por su propia naturaleza también. Y aunque puede ocurrir que una idea dé origen á otra, esto no puede realizarse hasta el infinito; es preciso al fin llegar á una primera idea cuya causa sea como un patrón ú original en que toda realidad ó perfección esté contenida formalmente y en efecto.

√ La luz natural me hace conocer con evidencia que las ideas existen en mí como cuadros ó imágenes que pueden fácilmente ser menos perfectas que las cosas representadas, pero nunca pueden contener algo más grande ó perfecto.

√ Cuanto más detenidamente examino estas cosas con tanta más claridad y distinción conozco que son verdaderas. Pero ¿qué concluyo de todo esto? Si la realidad ó perfección objetiva de alguna de mis ideas es tan grande que conozco claramente que esa realidad ó perfección no existe en mí ni formal ni eminentemente, y, por consiguiente, que no puedo yo ser la causa de la idea, es natural suponer que no estoy

sólo en el mundo, sino que hay otra cosa que existe y que es la causa de mi idea. En cambio si yo no tuviese tal idea, ningún argumento me convencería de la existencia en el mundo de otra cosa distinta de mí; ningún argumento he hallado que pudiera darme esta certeza.

Entre las ideas que están en mi espíritu, además de la que me representa á mí mismo, encuentro otra que me representa un Dios; otras, cosas corporales é inanimadas; otras ángeles; otras, animales, y otras finalmente, me representan hombres semejantes á mí. Por lo que se refiere á las ideas que representan hombres, animales ó ángeles, concibo fácilmente que pueden ser formadas por la mezcla y composición de otras ideas que tengo de las cosas corporales y de Dios, aunque fuera de mí, en el mundo, no existen hombres, animales y ángeles. En cuanto á las ideas de las cosas corporales, nada reconozco en ellas que sea tan grande y tan excelente que no puede originarse en mí; si las considero de la misma manera que examiné ayer la idea de la cera, encuentro que hay muy pocas cosas que conciba clara y distintamente, á saber: el tamaño ó la extensión en longitud, anchura y profundid; la figura que resulta del término de la extensión; la situación que guardan entre sí los cuerpos diversamente figurados; y el movimiento ó el cambio de esta situación; á éstas podemos agregar la substancia, la duración y el número. En cuanto á las demás cosas como la luz, los colores, los sonidos, el olor, el sabor, el calor, el frío y las otras cualidades que se perciben por el tacto, se encuentran en mi pensamiento con tanta obscuridad y confusión, que ignoro si son verdaderas ó falsas, si las ideas que de esas cualidades concibo son ideas de cosas reales ó si representan seres quiméricos que no pueden existir. Aunque — como ya he dicho — sólo en los juicios se encuentra la verdadera y formal falsedad, en las ideas encontramos cierta falsedad material cuando representan lo que no es como si fuera alguna cosa. Por ejemplo: las ideas que tengo del frío y del calor son tan poco claras y tan poco distintas, que no me enseñan si el frío es solamente una privación del calor ó el calor una privación del frío; y si son frío y calor

cualidades reales ó imaginarias. Si es cierto que el frío es más que una privación del calor, la idea que me lo representa como algo real y positivo será falsa. No es necesario atribuir á estas ideas más autor que yo; si son falsas, si representan cosas que no son, la luz natural me enseña que proceden de la nada y que están en mí porque falta algo á mi naturaleza, porque es imperfecta; si son verdaderas, me dan á conocer tan poca realidad que no sabría distinguir la cosa representada, del no ser; por eso tampoco tengo dudas de que, aun siendo verdaderas, soy yo su autor.

¶ Por lo que respecta á las ideas claras y distintas que concibo de las cosas corporales, hay algunas que creo he podido inferir de la idea que de mí mismo tengo, las de substancia, duración, número y otras cosas semejantes cuando pienso que la piedra es una substancia ó cosa que por sí es capaz de existir, y que yo mismo también soy una substancia, aunque concibo que soy una cosa no extensa y que piensa, y la piedra, por el contrario, es extensa y no piensa, encuentro una notable diferencia entre estas dos concepciones, pero convienen en que representan una substancia. Cuando pienso que ahora existo, me acuerdo de haber existido en otro tiempo anterior, y concibo varios pensamientos cuyo número conozco — adquiero entonces las ideas de duración y número, que puedo transferir á cuantas cosas quiera. Las demás cualidades de que se componen las ideas de las cosas corporales, no están formalmente en mí, puesto que no soy más que una cosa que piensa; pero como son modos de la substancia, y yo soy una substancia, creo que pueden estar contenidas en mí. ¶ Sólo nos queda por examinar la idea de Dios, en la cual consideramos si hay algo que no es posible proceda de mí. Por Dios entiendo una substancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente, omnipotente, por la que yo y todas las demás cosas (si es verdad que existen) han sido creadas y producidas. Estas cualidades son tan grandes y tan eminentes que cuanto más las examino menos me persuado de que esa idea tenga su origen en mí. Es, pues, necesario concluir de todo lo que he dicho, que Dios existe; porque, si bien la idea de la substancia está en mí, puesto que soy

Biblioteca de la Universidad de Madrid  
 10.10.1900

una substancia, no tendría la idea de la substancia infinita, siendo yo finito, si no hubiera sido puesta en mi espíritu por una substancia verdaderamente infinita.

✓ Conozco lo infinito por una verdadera idea, y no por la negación de lo finito, del mismo modo que comprendo el reposo y las tinieblas por la negación del movimiento y de la luz; veo claramente que en la substancia infinita se encuentra más realidad que en la finita, y que tengo primero la noción de lo infinito que la de lo finito, primero la de Dios que la de mí mismo. ¿Cómo podría conocer que dudo y deseo, es decir, que me falta alguna cosa y no soy perfecto, si no tuviere alguna idea de un ser más perfecto que el mío por cuya comparación conociera yo los defectos de mi naturaleza? No se puede afirmar que esta idea es materialmente falsa y, por consiguiente, sacada de la nada, ni que esté en mí por lo defectuoso de mi naturaleza, como ocurre con las ideas de calor, frío y otras semejantes. La idea de Dios es muy clara y muy distinta, contiene más realidad objetiva que ninguna otra, es la más verdadera y la que menos podemos tachar de sospechosa.

✓ Esta idea de un Ser soberanamente perfecto é infinito es verdadera porque, aun en el caso de que pudiéramos imaginar que tal ser no existe, no podemos hacer que su idea no nos represente nada real. Es tan clara y distinta, que todo lo que mi espíritu concibe distinta y claramente de real y verdadero y encierra alguna perfección, está contenido en la idea de Dios. Esto no deja de ser verdadero aunque yo no comprenda lo infinito y muchas cosas que se hallan en Dios y á las cuales no puede llegar el pensamiento humano; porque es propio de la naturaleza de lo infinito que no pueda comprenderlo un ser limitado y finito como yo. Basta con que entienda bien estas razones y con que sepa de cierto que todas las cosas que concibo claramente y encierran alguna perfección están en Dios formal ó eminentemente, para que la idea que de él tengo sea la más verdadera, la más clara y la más distinta de todas las de mi espíritu.

✓ Puede también suceder que yo sea algo más de lo que me figuro y que las perfecciones atribuídas á la naturaleza de Dios están en mí como en potencia,

aunque aun no se produzcan y exterioricen por medio de los actos. Con efecto, yo experimento ya, que mi conocimiento aumenta y se perfecciona poco á poco; y nada veo que pueda impedir que yo llegue á lo infinito, porque una vez perfeccionado mi conocimiento, con su auxilio me será posible adquirir las demás perfecciones de la naturaleza divina. Considerando atentamente estos razonamientos, veo que son imposibles. **V** Aunque fuera cierto que mis conocimientos aumentan y se perfeccionan poco á poco y que hubiera en mi naturaleza muchas cosas en potencia que no lo son actualmente, nada significaría todo esto, puesto que en la Divinidad nada se encuentra en potencia, sino actualmente y en efecto. ¿No es argumento infalible de la imperfección de mi conocimiento esa perfección adquirida gradualmente? Aunque mi conocimiento aumentara más y más, nunca llegaría á ser infinito porque no concibo un grado de perfección en que ya no necesitara aumento alguno. Pero concibo á Dios actualmente infinito en un grado tan alto que nada se puede añadir á su soberana perfección. Y, finalmente, comprendo muy bien que el ser objetivo de una idea no es producido por un ser que sólo existe en potencia — y hablando propiamente, no es nada — sino por mi ser formal ó actual.

**V** Todo lo que acabo de decir pueden conocerlo fácilmente los que quieran pensar en ello seriamente, con el sólo auxilio de la luz natural; pero cuando se debilita un poco mi atención, el espíritu, obscurecido y como cegado por las imágenes de las cosas sensibles, no se acuerda con facilidad de la razón por la cual la idea de un ser más perfecto que el mío ha sido puesta en mí por un ser más perfecto que yo.

**V** Por esta razón quiero pasar adelante para ver si yo — que tengo idea de Dios — podría existir en el caso de que no le hubiera. Y me pregunto: ¿de quién habré recibido mi existencia? Tal vez de mí mismo, ó de mis padres, ó de otras causas menos perfectas que Dios (porque nada podemos imaginar más perfecto ni siquiera igual). Si yo fuera independiente de otro ser y el autor de mí mismo, no dudaría de nada, no concibiría deseos, y no me faltaría ninguna perfec-

ción porque me hubiera dado todas aquellas de que tengo idea, y así sería Dios. Y no es que las cosas que me faltan son más difíciles de adquirir que las que poseo; al contrario, más difícil me sería sacar una cosa ó substancia que piensa de la nada, que adquirir conocimientos de muchas cosas que ignoro, porque esos conocimientos son accidentes de la substancia. Si yo fuera el autor de mi ser no me hubiera negado las cosas que se pueden tener más fácilmente, como son una infinidad de conocimientos que no poseo; no hubiera dejado de atribuirme las perfecciones contenidas en la idea de Dios, porque ninguna había que me pareciera más difícil de hacer ó adquirir, y si alguna fuera más difícil, y así lo creyera yo es que mi poder había terminado.

✓ Aunque suponga que he sido siempre como soy ahora, no puedo evitar la fuerza del razonamiento ni dejar de creer que Dios es necesariamente el autor de mi existencia. El tiempo de mi vida puede dividirse en una infinidad de partes independientes entre sí; de que haya existido, un poco antes, no se sigue que deba existir ahora, á no ser que alguna causa, en este momento, me produzca y cree de nuevo, es decir, me conserve. Es una cosa bien clara y evidente para los que consideren con la debida atención la naturaleza del tiempo, que una substancia, para ser conservada en todos los momentos de su duración, necesita el mismo poder y la misma acción, necesarios para producirla y crearla de nuevo, si hubiera dejado de existir. Es preciso, pues, que me interrogue y consulte para ver si tengo algún poder ó virtud por cuyo medio pueda hacer que yo, que soy ahora, sea un momento después. Si soy, por lo menos, una cosa que piensa, y si tal poder residiera en mí, debía pensarlo y saberlo; ningún poder análogo al supuesto siento en mí; por tanto, conozco evidentemente que dependo de algún ser distinto de mí.

✓ ¿Es posible que este ser del cual dependo no sea Dios? ¿Es posible que yo sea producido por mis padres ó por otras causas menos perfectas que él? Nada de eso puede ser, porque — como antes he dicho — es evidente que en la causa debe haber, por lo menos tanta realidad como en el efecto; y si yo soy cosa que

piensa y tengo alguna idea de Dios, es preciso que la causa de mi ser sea también una cosa que piense y tenga la idea de todas las perfecciones que atribuyo á Dios. Veamos ahora si esta causa debe su origen y existencia á sí propia ó á otra cosa. Si la causa la lleva en sí, esa causa es Dios; teniendo la virtud de ser y existir por sí, también tendrá el poder de poseer actualmente todas las perfecciones de que tenga idea, ó lo que es lo mismo, las perfecciones atribuidas á Dios. Si debe su existencia á otra cosa, preguntaremos la causa de éstas, y de causa en causa llegaremos á la última que es Dios. Es bien manifiesto que aquí no puede haber progreso hasta lo infinito, porque no se trata tanto de la causa que en otro tiempo me ha producido como de la que ahora me conserva.

✓ Tampoco se puede imaginar que varias causas han concurrido á mi producción, recibiendo de cada una de ellas, una de las ideas de las perfecciones que atribuyo á Dios, de suerte que estas perfecciones se encuentran en el universo, pero no reunidas en una sola que sea Dios. La unidad, la simplicidad ó inseparabilidad de las cosas que se encuentran en Dios, es una de las perfecciones que concibo en él; la idea de esta unidad de las perfecciones divinas, no ha podido ser puesta en mí por alguna causa que no me haya dado idea de las demás perfecciones. porque esta causa no ha podido hacer que las comprenda unidas é inseparables, sin que las conozca de alguna manera.

✓ Por lo que respecta á mis padres, aunque les debo mi nacimiento, esto no quiere decir que sean ellos los que me conservan ni los que me han hecho y producido en cuanto soy una cosa que piensa; ninguna relación existe entre la acción corporal por la que me engendraron y la producción de una substancia pensante. Reconozco que mis padres, al dar lugar á mi nacimiento, originaron algunas disposiciones en esta materia en la que yo — es decir, mi espíritu — estoy encerrado. Hasta ahora supongo que yo es mi espíritu.

✓ Es preciso concluir que la existencia de Dios ha quedado demostrada con toda evidencia, por el hecho de que existo y de que en mi espíritu reside la idea de un Ser soberanamente perfecto.

V Lo único que me queda por examinar es la manera que he usado para adquirir esa idea; no la he recibido por los sentidos, y nunca se me ha ofrecido sin esperarla como sucede ordinariamente con las ideas de las cosas sensibles, cuando éstas se presentan ó parecen presentarse á los órganos exteriores de los sentidos. No es tampoco una pura producción ó ficción de mi espíritu, porque no puedo aumentarla ni disminuirla. Como la idea de mí mismo, la de Dios, ha nacido y se ha producido conmigo, desde que fui creado.

No debemos extrañarnos de que Dios al crearnos, haya puesto en nosotros esa idea para que sea como el signo del obrero impreso en su obra; y no es necesario que ese signo sea diferente de la obra misma. Si Dios me ha creado, es muy natural que, en cierto modo, me haya producido á su imagen y semejanza, y que yo conciba esta semejanza, en la cual se encuentra la contenida idea de Dios, por la misma facultad que yo me concibo; es decir, que cuando reflexiono en mí mismo no sólo conozco que soy una cosa imperfecta, incompleta y dependiente de otra, que tiendo y aspiro á ser algo mejor y más grande, sino que conozco también que el ser de quien dependo posee todas esas grandes cosas á que yo aspiro, no indefinidamente y en potencia, sino en efecto, actualmente é infinitamente porque es Dios. Toda la fuerza del argumento que me ha servido para probar la existencia de Dios consiste en la imposibilidad de que mi naturaleza, siendo lo que es, concibiera la idea de un Dios sin que ese Dios existiera verdaderamente. Ese Dios de que tengo idea, posee todas las perfecciones que nuestro espíritu puede imaginar, aunque no le sea posible comprender al ser soberano; no tiene ningún defecto ni nada que denote alguna imperfección; luego no puede engañarnos ni mentir, como nos enseña la luz natural de nuestro espíritu, el engaño y la mentira dependen necesariamente de algún defecto.

Antes de examinar esto más cuidadosamente y recoger las verdades que á mi consideración pudieran ofrecerse, me parece oportuno detenerme algún tiempo en la contemplación de ese Dios absolutamente perfecto, en considerar sus maravillosos atributos,

en admirar y adorar la incomparable belleza de esta inmensa luz, hasta donde alcancen las fuerzas de mi espíritu deslumbrado por tanta grandeza. La fe nos enseña que la soberana felicidad de la otra vida, consiste en esa contemplación de la majestad divina. Una meditación semejante, aunque incomparablemente menos perfecta, nos hace gozar del mayor placer que en esta vida terrena somos capaces de sentir.

## MEDITACIÓN CUARTA

### DE LO VERDADERO Y DE LO FALSO

Con las meditaciones de estos últimos días he llegado á habituarne á separar mi espíritu de los sentidos. He comprendido que hay muy pocas cosas corporales que conozcamos con absoluta certeza, muchas más espirituales y aun más de las relativas á Dios. Por eso me será ahora muy fácil apartar mi pensamiento de la consideración de las cosas sensibles é imaginables, para llevarlo á la de las puramente inteligibles.

La idea que tengo del espíritu humano en cuanto es cosa que piensa, carece de extensión y no participa de ninguna cualidad de las que pertenecen al cuerpo, es incomparablemente más distinta que la idea de cualquier cosa corporal. Cuando considero que soy un algo incompleto y dependiente, la idea de mi ser completo y dependiente se presenta á mi espíritu con toda claridad y distinción; y de que esta idea se encuentre en mí y de que yo que la poseo existo, concluya tan evidentemente la existencia de Dios, y la dependencia de la mía con respecto á la suya en todos los momentos de mi vida, que no pienso que el espíritu humano pueda conocer nada con más evidencia y certeza. De aquí deduzco que he descubierto un camino que no condu-

cirá de la contemplación del verdadero Dios — en el que se encierran todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría — al conocimiento de las demás cosas del universo.

Reconozco que es imposible me engañe, porque en el engaño hay algo de imperfección, y aunque parece que el engañar es una prueba de sutileza ó poder, el querer engañar atestigua debilidad ó malicia; y esto es imposible encontrarlo en Dios.

Conozco, por propia experiencia, que hay en mí cierta facultad de juzgar ó discernir lo verdadero de lo falso, que he recibido de Dios como todo lo que poseo; y como es imposible que El quiera engañarme, es indudable que no me ha concedido tal facultad para que me equivoque aunque la use como debo usarla.

Ninguna duda quedaría respecto á este punto si en apariencia no se pudiera sacar la consecuencia de que nunca me equivoco, porque si todo lo que está en mí viene de Dios y no me ha dado ninguna facultad para equivocarme, parece que siempre debo acertar en mi conocimiento.

Cierto es que cuando me considero como efecto de Dios y le contemplo en toda su grandeza, no descubro en mí ninguna causa de error ó falsedad; pero cuando me considero atentamente y veo mis imperfecciones, reconozco que estoy sujeto á infinidad de errores, y al pretender investigar la causa de ellos, observo que no solo se presenta á mi pensamiento una real y positiva idea de Dios, ó de un Ser soberanamente perfecto, sino también cierta idea negativa de la nada, es decir, de lo infinitamente alejado de toda clase de perfección.

Yo soy como el punto medio entre Dios y la nada, colocado de tal suerte entre el soberano ser y el no-ser, que nada hay en mí capaz de conducirme al error, en cuanto es aquel Ser soberano la causa que me ha producido; pero si me considero como participe en alguna manera de la nada ó no-ser, es decir, en cuanto no soy el Soberano y me faltan muchas cosas, me encuentro expuesto á infinidad de errores. No debo extrañarme si me equivoco.

El error, como tal, no es algo real dependiente de

Dios sino solamente un defecto; por tanto, para equivocarme no necesito que Dios me haya dado una facultad destinada particularmente á ese efecto. Me equivoco porque el poder que Dios me ha otorgado para distinguir lo verdadero de lo falso no es infinito,

✓ Sin embargo, esto no me satisface aún, porque el error no es una pura negación, no es el simple defecto ó falta de alguna perfección propia de mi ser, sino una privación de algún conocimiento que me parece que yo debía tener.

Considerando la naturaleza de Dios no me parece posible que haya puesto en mí alguna facultad que no sea perfecta en su género. Si cuanto más experto es el obrero tanto más perfectas salen las obras de sus manos, ¿qué cosa producida por este Soberano creador del Universo no será perfecta y enteramente acabada en todas sus partes? No hay duda de que Dios no ha podido crearme de tal modo que nunca me equivocara; es cierto, también, que siempre quiere lo mejor; ¿es, pues, mejor que yo pueda equivocarme?

Considerando esto con atención, pienso que no debo extrañarme si no soy capaz de comprender porqué Dios hace lo que hace; no hay razón para dudar de su existencia, aunque no comprendamos porqué Dios ha hecho muchas cosas que vemos por experiencia y cuya razón — repito — no podemos explicarnos. Mi naturaleza es en extremo débil y limitada; la de Dios, por el contrario, es inmensa, incomprendible é infinita; esto nos da la razón de que en el poder divino haya muchas cosas cuyas causas no están al alcance de mi espíritu. Bastan estas consideraciones para persuadirme de que ese género de causas que se acostumbra á sacar del fin, no tiene ninguna aplicación en las cosas físicas ó naturales, porque sería una temeridad investigar y querer descubrir los impenetrables designios de Dios.

Cuando tratamos de saber si las obras de Dios son perfectas, no debemos examinar una criatura por separado, sino todas las criaturas juntas; porque la misma cosa que podría parecernos muy imperfecta estando sola en el mundo, no deja de ser perfecta formando parte del Universo. Desde que me propuse dudar de todas las cosas no he conocido con certeza más que mi existen-

cia y la de Dios; pero, teniendo presente el infinito poder del Ser perfecto no me atrevo á negar que haya producido muchas otras cosas ó pueda producirlas. De modo que existo y estoy colocado en el mundo formando parte de la universalidad en todos los seres.

Examinándome de cerca y considerando mis errores, veo que dependen del concurso de dos causas, á saber, de la facultad de conocer que reside en mí y de la facultad de elegir ó libre arbitrio, ó lo que es lo mismo, del entendimiento y de la voluntad. El entendimiento, por sí solo, no asegura ni niega ninguna cosa; concibe las ideas de las cosas que puede afirmar ó negar. Considerándole así, nunca encontramos error en él, si tomamos la palabra error en su propia significación. Y aunque hay en el mundo infinidad de cosas de las cuales ninguna idea tiene mi entendimiento, no podemos decir que está privado de estas ideas como de alguna cosa que le fuera debida, sino que no las tiene, porque no hay razón que pueda probar que Dios ha debido darme una facultad de conocer más amplia que la que me ha dado; por muy diestro y sabio artífice, que me represente á Dios no debo pensar que haya debido poner en cada una de sus obras todas las perfecciones que puede poner en algunas.

No tengo derecho á quejarme de que Dios no me haya dado un libre arbitrio ó una voluntad lo suficientemente amplia y perfecta, porque la siento en mí tan extensa que no tiene límites. De todas las demás cosas que poseo no hay ninguna tan perfecta y tan grande que no pueda serlo más. Por ejemplo, si considero mi facultad de concebir, veo que es poco extensa y muy limitada, y en seguida me represento la idea de otra facultad mucho más amplia y hasta infinita; y como puedo representarme su idea, reconozco sin dificultad que pertenece á la naturaleza de Dios. Si examino la memoria, la imaginación ó cualquier otra de mis facultades, encuentro que en mí son pequeñas y limitadas y en Dios inmensas é infinitas. En cambio, experimento que la voluntad ó libertad del franco arbitrio es en mí tan grande que no concibo la idea de otra más amplia y extensa; de suerte que es ella la que me hace conocer que soy á imagen y semejanza de Dios.

Porque, aun cuando sea en Dios incomparablemente más grande que en mí — ya por razón del conocimiento y poder que á ella van unidos y la hacen más firme y eficaz, ya por razón del objeto, en cuanto se extiende á infinitad de cosas — no me parece más grande si la considero formal y precisamente en sí. Consiste esta facultad en que podemos hacer una cosa ó no hacerla, afirmar ó negar, perseguir ó huir; ó mejor dicho, consiste en que, para afirmar ó negar, perseguir ó huir las cosas que el entendimiento nos propone, obramos de tal modo que ninguna fuerza exterior nos obliga á la acción. Para que yo sea libre no es necesario que sea indiferente en la elección de una cosa; antes bien, cuanto más me inclino á una cosa — bien porque conozca evidentemente que lo verdadero y lo bueno se encuentran en ella, bien porque Dios disponga así el interior de mi pensamiento — tanto más libremente la elijo y la abrazo; la gracia divina y el conocimiento natural lejos de disminuir mi libertad, la aumentan y fortifican; de modo que esa indiferencia que siento cuando me inclino á un lado prefiriéndolo al otro, por el peso de alguna razón, es el grado más bajo de la libertad y parece más bien un defecto en el conocimiento que una perfección en la voluntad; porque si yo conociera claramente lo verdadero y lo bueno no tendría que deliberar para saber qué elección y juicio eran los acertados, y así sería enteramente libre sin ser indiferente.

De todo lo anterior concluyo que el poder de querer, que he recibido de Dios — no es, considerado en sí, la causa de mis errores, porque es muy amplio y muy perfecto en su género; tampoco lo es el poder de entender ó concebir, porque no concibiendo ninguna cosa más que por medio del poder que Dios me ha dado expresamente para concebir, es indudable que lo concebido por mí, está bien concebido, y no es posible que en esto me equivoque..

¿Dónde nacen, pues, mis errores? De que siendo la voluntad mucho más amplia y extensa que el entendimiento, no la contengo en los mismos límites, sino que la extiendo á las cosas que no entiendo, se extravía fácilmente y elige lo falso por lo verdadero y el mal por el bien; todo esto hace que yo me equivoque y peque.

Por ejemplo : examinando estos días pasados si alguna cosa existía verdaderamente en el mundo y, conociendo que del hecho de examinar esta cuestión se seguía con toda evidencia que yo, que era el que examinaba, existía, no podía por menos de pensar que una cosa que tan claramente concebía yo, era verdadera; no me encontraba obligado por una fuerza exterior á pensar así, sino que á la gran claridad de mi entendimiento ha seguido una gran inclinación de mi voluntad; y he creído con tanta mayor libertad cuanto menor ha sido la indiferencia. Ahora, en cambio, no sólo conozco que existo en tanto soy algo que piensa, sino que á mi espíritu se presenta cierta idea de la naturaleza corporal; y dudo de que yo sea diferente de esta naturaleza, y también dudo de que yo sea lo mismo que ella; supongo aquí que no conozco ninguna razón que pueda convertir mi duda en certeza, es decir, soy completamente indiferente, igual me da asegurar como negar ó como abstenerme de emitir juicio.

Esta indiferencia no sólo se extiende á las cosas que el entendimiento desconoce en absoluto, sino también á las que no descubre con perfecta claridad en el momento de la deliberación de la voluntad; porque, por probables que sean las conjeturas que me inclinan á juzgar en determinado sentido, como sé que son conjeturas y no razones ciertas é indudables, esto puede bastar para darme ocasión de juzgar lo contrario, como he experimentado yo, días pasados, cuando he rechazado por falso lo que consideraba verdadero, al observar que cabía alguna duda de esta verdad. Si me abstengo de dar mi juicio sobre una cosa cuando no la concibo con suficiente claridad y distinción, es evidente que hago bien y no me equivoco; pero si me determino á negarla ó afirmarla, no me sirvo como debo de mi libre arbitrio, y aunque juzgue verdaderamente — esto no ocurre más que por casualidad no por eso habré dejado de usar mal mi libre arbitrio, porque la luz natural nos enseña que el conocimiento del entendimiento debe preceder á la determinación de la voluntad.

En este mal uso del libre arbitrio se encuentra la

privación que constituye la forma del error. La privación se encuentra en la operación en cuanto procede de mí; pero no se encuentra en la facultad que he recibido de Dios, ni en la operación en cuanto depende de él. Ningún motivo tengo para quejarme de que Dios no me haya dado una inteligencia más amplia ó una luz natural más perfecta que las que me ha dado, puesto que es propio de la naturaleza de un entendimiento finito no entender muchas cosas, y de la naturaleza de un entendimiento creado ser finito. Debo darle gracias porque no debiéndome cosa alguna me ha dado las perfecciones que tengo; en lugar de abrigar sentimiento tan injusto como el de imaginar que me ha quitado ó retenido sin razón, las perfecciones que no tengo.

Tampoco puedo lamentarme de que me haya dado una voluntad más amplia que el entendimiento, porque siendo indivisible la voluntad, si se quita de ella alguna cosa se la destruye; cuanto más extensa sea más debo agradecer á Dios que me la haya otorgado.

No debo quejarme de que Dios concorra conmigo á formar los actos de esta voluntad, es decir, los juicios en que me equivoco; porque estos actos son enteramente verdaderos y absolutamente buenos en cuanto dependen de Dios, y en cierto modo hay más perfección en mi naturaleza pudiendo formarlos que sino pudiera. La privación — en la cual consiste la razón formal del error ó pecado — no necesita del concurso de Dios, porque no es una cosa ó un ser, y si la referimos á Dios como á su causa no la debemos llamar privación, sino negación — según la significación que á estas palabras se da en las escuelas. No es imperfección en Dios el que me haya otorgado la libertad de dar ó no dar mi juicio sobre ciertas cosas de las que no ha puesto en mi entendimiento un claro y distinto conocimiento; pero es en mí una imperfección el no usar bien de esta libertad y dar mi juicio sobre cosas que no concibo más que con obscuridad y confusión.

Veo, no obstante, que era muy fácil á Dios hacer que no me equivocara nunca, aunque fuera libre y de conocimientos limitados, dando á mi entendimiento una clara y distinta inteligencia de las cosas acerca de las cuales tengo ahora que deliberar, ó grabando profun-

damente en mi memoria la resolución de no formar juicio sobre ninguna cosa sin concebirla clara y distintamente. Y observo que en tanto me considero solo, como si nadie más que yo existiera en el mundo, sería mucho más perfecto que soy si Dios me hubiera creado de tal modo que nunca pudiera equivocarme; pero el Universo es más perfecto, estando unas de sus partes exentas de defectos y otras no, que siendo todas absolutamente iguales.

No tengo derecho á quejarme de que Dios no me haya elevado á la categoría de las cosas más nobles y perfectas; debo, por el contrario, estar contento, porque si bien no me ha dado la perfección de no equivocarme nunca por el primer medio expuesto — que depende de un claro y evidente conocimiento de todas las cosas acerca de las cuales me veo obligado á deliberar — me ha concedido al menos el otro medio, el de retener firmemente la resolución de no dar mi juicio sobre cosas cuya verdad no conozca claramente; aunque experimento en mí la debilidad de no poder grabar en mi espíritu un pensamiento para tenerlo presente en todo momento, puedo, sin embargo, por una meditación atenta y reiterada, imprimirlo tan fuertemente en la memoria, que siempre me acuerde de él cuando lo necesite, adquiriendo así el hábito de no equivocarme. Como esta es la mayor y principal perfección del hombre, estimo que no he sacado poco provecho de mi meditación si he conseguido descubrir la causa del error y de la falsedad.

✓ No puede haber más causas de error que la que acabo de explicar; porque si retengo mi voluntad en los límites de mi conocimiento, de modo que no forme juicio sino sobre cosas clara y distintamente representadas por el entendimiento, es imposible que me equivoque. Toda concepción clara y distinta es, sin duda, alguna cosa, que no puede originarse en la nada, y que tiene necesariamente á Dios por autor; y como Dios es soberanamente perfecto y no es posible que sea causa de error, debo concluir que tal concepción ó juicio es verdadero.

✓ No sólo he aprendido hoy lo que he de evitar para no equivocarme, sino también lo que he de hacer para

llegar al conocimiento de la verdad. Á él llegaré si considero atentamente todas las cosas que concibo bien, separándolas de las que concibo confusa y obscuramente. En adelante pondré especial cuidado en hacerlo así.

## MEDITACIÓN QUINTA

### DE LA ESENCIA DE LAS COSAS MATERIALES Y DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Aun me quedan muchas cosas por examinar relativas á los atributos de Dios y á mi propia naturaleza, es decir, á mi espíritu; pero tal vez vuelva á esta investigación, si se me presenta ocasión propicia.

Después de observar lo que es preciso hacer ó evitar para llegar al conocimiento de la verdad, debo procurar desembarazarme de las dudas en que estos días pasados me he sumido y ver si podemos conocer con certeza algo de lo relativo á las cosas materiales. Pero antes de examinar si tales cosas existen fuera de mí, consideraré sus ideas en tanto existen en mi pensamiento, y separaré las distintas de las confusas.

En primer lugar, imagino distintamente esa cantidad que los filósofos llaman ordinariamente cantidad continua, ó bien la extensión de longitud, anchura y profundidad que exista en esa cantidad ó mejor en la cosa á que se atribuye.

Puedo enumerar en ella diversas partes y dar á cada una de estas partes toda clase de tamaños, figuras, situaciones y movimientos, y puedo asignar á cada movimiento distintas duraciones. Y no conozco estas cosas con claridad, sólo cuando las considero en general; porque á poco que en ellas fije mi atención, descubro infinidad de particularidades relativas á los

números, figuras, movimientos y otras cosas semejantes, cuya verdad aparece con tanta evidencia y concuerda tan bien con mi naturaleza, que cuando las descubro creo que no aprendo nada de nuevo y me acuerdo de lo que sabía antes, de cosas que estaban ya en mi espíritu, aunque mi pensamiento no las tomara como objeto de investigación. Encuentro en mí infinidad de ideas de ciertas cosas que no pueden ser estimadas como para nada, que no son fingidas por mí, aun cuando tenga libertad de pensarlas ó no pensarlas, y que tienen naturalezas verdaderas é inmutables. Por ejemplo : cuando imagino un triángulo, aunque tal vez fuera de mi pensamiento no exista esta figura ni haya existido, no deja, sin embargo, de existir cierta naturaleza, forma ó esencia determinada, que no he inventado y que no depende en modo alguno de mi espíritu. Se pueden demostrar diversas propiedades de este triángulo, á saber, que sus tres ángulos son iguales á dos rectas, que el mayor está sostenido por el lado más grande, y otras semejantes, que ahora — quiera ó no quiera — reconozco en él muy clara y evidentemente, aunque no pensara en ellas la primera vez que me imaginé un triángulo; por tanto no puede decirse que yo las haya inventado. Tampoco tiene fundamento la objeción de que la idea del triángulo ha venido á mi espíritu por el intermedio de los sentidos, por haber visto alguna vez cuerpos de figura triangular; porque puedo formar en mi espíritu infinidad de figuras que nunca he visto y cuyas propiedades demuestro lo mismo que las del triángulo. Estas propiedades deben ser verdaderas porque las concibo claramente, y, por consiguiente, ya no son nada, sino que son alguna cosa. Siendo la verdad lo mismo que el ser, es evidente que todo lo verdadero es alguna cosa; ya he demostrado ampliamente que las cosas conocidas clara y distintamente son verdaderas. Y aunque no lo hubiera demostrado es tal la naturaleza de mi espíritu que las estimaría verdaderas en tanto las concibiera de un modo claro y distinto. Me acuerdo de que, cuando me adhería fuertemente á los objetos de los sentidos, contaba en el número de las más constantes verdades las que concebía clara y distintamente rela-

tivas á las figuras, números y otras cosas pertenecientes á la aritmética y á la geometría.

Si puedo sacar de mi pensamiento la idea de alguna cosa, todo lo que conozco clara y distintamente que pertenece á esta cosa, me pertenece en efecto. Si esto es así ¿no puedo sacar de aquí un argumento y una prueba demostrativa de la existencia de Dios? No encuentro su idea menos en mí que la de alguna figura ó número; no conozco menos clara y distintamente que una actual y eterna existencia pertenece á su naturaleza, que lo demostrado de alguna figura ó número pertenece á la naturaleza de la figura ó del número. Y aunque lo que he concluído en las precedentes Meditaciones no fuera verdadero, la existencia de Dios debía estimarla tan cierta por lo menos, como he estimado hasta aquí todas las verdades matemáticas relativas á los números y figuras, aunque á primera vista no aparezca esto de un modo manifiesto por haber en ello cierta apariencia de sofisma. Acostumbrado en todas las demás cosas á distinguir la esencia de la existencia, me persuado fácilmente de que la existencia puede ser separada de la esencia de Dios, y así es posible concebir un Dios que no es actualmente. Pero cuando pienso más detenidamente, veo que no puede separarse la esencia de la existencia de Dios, del mismo modo que de la esencia de un triángulo rectángulo no puede separarse el valor de sus tres ángulos igual á dos rectas, ni de la idea de una montaña la idea de un valle; de suerte que concebir un Dios, un ser soberanamente perfecto, sin existencia, con falta de alguna perfección, es lo mismo que concebir una montaña sin valle.

Pero, aunque no pueda concebir un Dios sin existencia, como no puedo concebir una montaña sin valle, es posible que no existan ni Dios ni la montaña; porque del hecho de que no pueda concebir el primero sin existencia, ni la segunda sin valle, no se deduce que Dios y la montaña existan; mi pensamiento no impone ninguna necesidad á las cosas; del mismo modo que puedo imaginarme un caballo alado, aunque ningún caballo tenga alas, puedo también atribuir la existencia á Dios, aunque no exista ningún Dios. Aquí si que

hay un sofisma oculto bajo la apariencia de esta objeción : de que yo no puedo concebir una montaña sin valle no se sigue que haya en el mundo algún valle ó montaña, sino que ambas ideas son inseparables; en cambio de la imposibilidad de concebir á Dios como no existente, se sigue que la existencia es inseparable de él, y por tanto, que existe verdaderamente. No es que mi pensamiento pueda hacer que esto sea así, ni que imponga ninguna necesidad á las cosas; es que la necesidad de la cosa misma, de la existencia de Dios, me determina á tener este pensamiento : no soy libre de concebir un Dios sin existencia, un ser soberanamente perfecto sin una soberana perfección, del mismo modo que soy para concebir un caballo como me plazca, con alas ó sin ellas.

No se debe afirmar aquí que es necesario á la verdad que yo confiese que Dios existe, porque he supuesto que posee todas las perfecciones, y la existencia es una de éstas. No se debe decir que mi primera suposición no era necesaria, como tampoco es necesario pensar que todas las figuras de cuatro lados se pueden inscribir en el círculo; suponiendo que yo tenga este pensamiento, me veo obligado á confesar que el rombo puede ser inscrito en el círculo, puesto que es una figura de cuatro lados, es decir, que me veré obligado á afirmar una cosa falsa. No se debe alegar eso; aunque no sea necesario que yo tenga un pensamiento de Dios, siempre que piense en un Ser primero y soberano y saque su idea del tesoro de mi espíritu, es necesario que le atribuya toda clase de perfecciones aunque no las enumere y medite sobre cada una de ellas. Esta necesidad es suficiente para hacer que concluya (tan pronto como reconozca que la existencia es una perfección) que el Ser primero y soberano existe. Del mismo modo, no es necesario que imagine yo ningún triángulo, pero siempre que quiero considerar una figura rectilínea compuesta de tres ángulos, es absolutamente necesario que atribuya á esa figura todo lo que sirve para concluir que los tres ángulos no son mayores que dos rectas. Pero cuando examino las figuras capaces de ser inscritas en un círculo no es necesario que piense que todas las figuras de cuatro lados estén en ese caso; no puedo

imaginarme esto en tanto quiera no recibir en mi espíritu más que aquello que pueda concebir clara y distintamente. Por consiguiente, hay una gran diferencia entre suposiciones tan falsas como la anterior, y las verdaderas ideas nacidas conmigo, de las cuales la primera y principal es Dios.

Reconozco de muy diversos modos, que esta idea no es algo fingido é inventado, dependiente únicamente de mi pensamiento, sino la imagen de una naturaleza verdadera é inmutable : porque no puedo concebir más que un ser Dios, á cuya esencia pertenezca necesariamente la existencia; porque es imposible concebir dos ó más Dioses como él; porque veo claramente la necesidad de que haya existido eternamente hasta ahora y de que exista eternamente en lo futuro; y, en fin, porque concibo en Dios muchas otras cosas que es imposible disminuir ó alterar.

Sean cuales sean los argumentos y pruebas de que me sirva, siempre vendré á esta conclusión : que sólo las cosas que conozco clara y distintamente tienen fuerza para persuadirme por completo. Y aunque entre estas cosas hay más conocidas por todos y otras sólo por los que las examinan con detenimiento y exactitud. después de descubierto son todas igualmente ciertas y evidentes. Por ejemplo : en un triángulo rectángulo es más difícil conocer, á primera vista, que el cuadrado de la base es igual á los cuadrados de los otros lados, que el conocer que la base es opuesta al ángulo mayor; y, sin embargo, una vez conocidas las dos verdades, tan clara y distinta es la primera como la segunda. Y por lo que á Dios se refiere, si un espíritu no estuviera prevenido por algunos prejuicios y mi pensamiento no se distrajera continuamente por la presencia de las imágenes de las cosas sensibles, nada conocería con tanta prontitud y facilidad como á Dios. ¿Hay algo más claro y manifiesto que el pensamiento de que existe un Dios, un Ser soberano y perfecto, de existencia necesaria ó eterna, inseparable, por tanto, de la esencia? Y si para concebir esta verdad hubiera necesitado una gran aplicación del espíritu, después de concebida la tengo por tan segura que me parece la más cierta de todas; es más, la certeza de las demás depen-

de ella, de tal modo que sin el conocimiento de Dios es imposible saber nada perfectamente.

✓ Es tal mi naturaleza que en cuanto comprendo alguna cosa muy clara y distintamente, me apresuro á creerla verdadera. Sin embargo, soy de tal modo, que no puedo tener el espíritu ocupado continuamente con una misma cosa; y no es por eso de extrañar que á veces juzgue verdadera una cosa, habiendo cesado de considerar las razones que me obligaban á juzgarla así; por tanto — si yo ignorara que existe un Dios — es posible que otras razones me hagan variar de opinión. Por ejemplo: cuando considero la naturaleza del triángulo rectángulo conozco evidentemente — soy un poco versado en la geometría — que sus tres ángulos son iguales á dos rectas, y me es imposible dejar de creerlo mientras aplico mi pensamiento á la demostración; pero en cuanto termino de demostrar la igualdad de esos ángulos á dos rectas, aunque me acuerde de ella, puede suceder fácilmente que dude de esa demostración, si ignoro que existe un Dios; porque puedo persuadirme de que la naturaleza me ha hecho de tal manera que me equivoque hasta en las cosas que creo comprender con más evidencia y certeza, persuasión fundada en haber afirmado muchas cosas como verdaderas, que luego, llevado por otras razones, he juzgado falsas.

Pero después de reconocer que existe un Dios, que todas las cosas dependen de él, y que no puede engañarme; después de afirmar como consecuencia de lo anterior, que lo concebido clara y distintamente es imposible que sea falso — aunque no piense en las razones que me han hecho calificar de verdadero mi conocimiento, aunque sólo me acuerde de haberlo comprendido clara y distintamente, puedo afirmar, sin temor á que nada me haga dudar, que ese conocimiento es absolutamente cierto; he aquí una ciencia verdadera y segura.

Esta misma ciencia se extiende á todas las cosas que en otro tiempo demostré, como las verdades de la geometría y otras semejantes, porque ¿qué se podrá objetar para obligarme á ponerlas en duda? ¿Que mi naturaleza está sujeta al error? Á eso contesto que no

me equivoco en los juicios cuyas razones conozco claramente. ¿Que en otro tiempo he estimado muchas cosas como verdaderas y ciertas y después he reconocido que eran falsas? Es que no había conocido clara y distintamente ninguna de esas cosas, y — no sabiendo esta regla que me asegura de la verdad — concebí razones menos fuertes de lo que imaginé en un principio. ¿Qué más se me podrá objetar? ¿Que tal vez duermo (como yo mismo me he objetado) ó que mis pensamientos actuales no tienen más realidad que los sueños? Pues bien, aun cuando duerma, todo lo que se presenta á mi espíritu con evidencia, es absolutamente verdadero.

Y así, reconozco con toda claridad que la certeza y la verdad de la ciencia, depende del conocimiento del verdadero Dios; de suerte que antes de conocerle, yo no podía saber perfectamente ninguna cosa. Ahora que conozco á Dios tengo el medio de adquirir una ciencia perfecta relativa á infinidad de cosas tanto á las que están en El, como á las que pertenecen á la naturaleza corporal en tanto puede servir de objeto á las demostraciones de los géometras, los cuales no la consideran desde el punto de vista de su existencia.

## MEDITACIÓN SEXTA

**DE LA EXISTENCIA DE LAS COSAS MATERIALES Y DE LA  
DISTINCIÓN REAL ENTRE EL ALMA Y EL CUERPO  
DEL HOMBRE.**

Lo único que me queda por examinar es la existencia de las cosas materiales. Por lo menos sé que puede haberlas, en tanto se consideren como objeto de las demostraciones geométricas, porque de esta manera las concibo muy clara y distintamente.

Es indudable que Dios tiene el poder de producir todas las cosas que soy capaz de concebir con distinción; nunca he creído que le fuera imposible hacer alguna cosa, aunque yo encontrara contradicción en ella al tratar de concebirla. Además la facultad de imaginar que existe en mí y de la que me sirvo — como me dicta la experiencia — cuando me aplico á la consideración de las cosas materiales, es capaz de persuadirme de su existencia, porque la imaginación no es más que una aplicación de la facultad que conoce al cuerpo que le es íntimamente presente y que, por tanto, existe.

Para aclarar estas ideas, observo, en primer término, la diferencia existente entre la imaginación y la pura intelección ó concepción. Por ejemplo : cuando imagino un triángulo no sólo concibo que es una figura compuesta de tres líneas, sino que contemplo estas tres líneas como presentes, por la fuerza y aplicación interior de mi espíritu; á esto llamo propiamente imaginar. Si quiero pensar en un kiliógono concibo bien que es una figura compuesta de mil lados, tan fácilmente como que un triángulo es una figura compuesta de tres; pero me es imposible imaginar los mil lados del kiliógono como imagino los tres del triángulo, porque no puedo considerarlos como presentes con los ojos de mi espíritu. Y aunque, siguiendo la costumbre que tengo de servirme de la imaginación cuando pienso en las cosas corporales, al concebir un kiliógono me represento confusamente una figura, es evidente que esa figura no es un kiliógono, puesto que no difiere de la que me representaría si yo pensara en un miriágono ó en cualquier otra figura de muchos lados, y no sirve en modo alguno para descubrir las propiedades que diferencian el kiliógono de todos los demás polígonos. Si se trata de considerar un pentágono, puedo concebir su figura también como la de un kiliógono, sin el auxilio de la imaginación; pero la puedo también imaginar aplicando la atención de un espíritu á cada uno de sus cinco lados y el aire ó espacio que encierran.

✓ Conozco, pues, claramente, que necesito para imaginar una particular contención de espíritu que no necesito para concebir ó entender. Esta particular contención muestra evidentemente la diferencia que

existe entre la imaginación y la intelección ó concepción pura.

Observo, además, que esta virtud de imaginar, en cuanto difiere del poder de concebir, no es necesaria á mi naturaleza ó á mi esencia, es decir, á la esencia de mi espíritu, porque aun cuando no la tuviera sería el mismo que ahora soy; de donde podemos concluir, que depende de alguna cosa que difiere de un espíritu. Y yo concibo fácilmente que si existe algún cuerpo conjunto y ruido á mi espíritu de tal modo que éste se aplique á considerarle siempre que quiera, por ese medio puede imaginar las cosas corpóreas; de suerte que esta manera de pensar difiere solamente de la pura intelección en que el espíritu concibiendo vuelve en cierto modo sobre sí y considero alguna de las ideas que tiene; é imaginando se vuelve al cuerpo y considero en él alguna cosa conforme con la idea que ha formado ó recibido por los sentidos. Concibo que la imaginación consiste en lo que acabo de decir, si es verdad que hay cuerpos; y porqué no puedo encontrar ninguna otra vía para explicar en qué consiste, conjeturo probablemente que los hay, sólo probablemente. Aunque examino cuidadosamente todas las cosas no encuentro que, de esa idea distinta de la naturaleza corporal que llevo en mi imaginación, pueda sacar algún argumento para concluir con necesidad la existencia de un cuerpo.

Estoy acostumbrado á imaginar muchas otras cosas, además de esta naturaleza corporal que constituye el objeto de la geometría, á saber, los colores, los sonidos, los sabores, la dulzura y otras cosas semejantes; y en tanto percibo estas cosas mucho mejor por los sentidos — por cuyo intermedio y por el de la memoria parecen llegar á mi imaginación — creo que para examinarlas bien es conveniente que conozca al mismo tiempo lo que es sentir, y que vea si de estas ideas que recibo en mi espíritu por esa manera de pensar que yo llamo sentir, puedo sacar alguna prueba cierta de la existencia de las cosas corporales.

En primer término, traeré á mi memoria las cosas que recibidas por los sentidos, tenía en otro tiempo por verdaderas, y el fundamento en que se apoyaba mi creencia; después, examinaré las razones que me han

obligado á ponerlas en duda; y, finalmente, consideraré lo que debo creer ahora.

Primeramente, he sentido que yo tenía cabeza, manos, pies y los demás miembros de que se compone este cuerpo que consideraba como una parte de mí mismo ó tal vez como el todo; he sentido también que mi cuerpo estaba colocado entre muchos otros de los cuales recibía comodidades é incomodidades; y observaba estas comodidades por cierta sensación de placer ó voluptuosidad, y las incomodidades por una sensación de dolor. Además de este placer y dolor sentía en mí el hambre, la sed y otros apetitos semejantes, así como ciertas inclinaciones corporales á la alegría, á la tristeza, á la cólera y á otras pasiones. Y en el exterior, aparte la extensión, las figuras, los movimientos de los cuerpos, observaba en ellos dureza, calor y todas las propiedades que se perciben por el tacto; notaba luz, colores, olores, sabores y sonidos, cuya variedad me proporcionaba medio de distinguir el cielo, la tierra, el mar y, en general, unos cuerpos de otros.

Considerando las ideas de estas cualidades que se presentaban á mi pensamiento y que yo sentía propia é inmediatamente, no sin razón creía sentir cosas por completo diferentes de mi pensamiento, á saber, los cuerpos de donde esas ideas procedían; porque yo experimentaba que se presentaban sin mi consentimiento, de suerte que aunque quisiera yo no podía sentir ningún objeto si éste no se encontraba presente al órgano de uno de mis sentidos; y no podía dejar de sentirlo si se hallaba presente. Y como las ideas que yo recibía por los sentidos eran mucho más vivas, expresivas y, en cierto modo, más distintas que algunas de las que imaginaba meditando ó encontraba impresas en mi memoria, me parecía que es imposible que procedieran de mi espíritu; era necesario, pues, que fueran causadas en mí por otras cosas. No teniendo de éstas más conocimiento que el que me daban las mismas ideas, supuse que las cosas eran semejantes á las ideas que causaban. Como me acordaba de que me había servido más bien de los sentidos que de la razón, y reconocía que las ideas que yo mismo formaba no

eran tan expresas como las que recibía por los sentidos, y en ocasiones estaban compuestas por partes de estas últimas, me persuadía fácilmente de que no existía en mi espíritu ninguna idea que no hubiera pasado antes por mis sentidos. Yo creía — y no sin razón — que este cuerpo, al que llamaba mío, me pertenecía más propia y estrechamente que otro cualquiera, porque de él no podía separarme como de los demás, sentía en él y por él todos mis apetitos y afecciones, y era yo conmovido en sus partes y no en las de otros cuerpos separados de él, por las sensaciones de placer y dolor. Pero cuando trataba de saber porqué á una sensación de dolor sigue la tristeza en el espíritu, y porqué de la sensación de placer nace la alegría, ó la causa de que una emoción del estómago, que yo llamo hambre, produzca deseo de comer, y la sequedad de la garganta, de beber, no podía dar ninguna razón como no fuera la de que así nos lo enseñaba la naturaleza; porque ninguna afinidad ni relación que yo pueda comprender, existe entre esa emoción del estómago y el deseo de comer, entre la sensación de la cosa que causa el dolor y el pensamiento de tristeza á que da origen la sensación.

Y de la misma manera, me parecía que había aprendido de la naturaleza todas las demás cosas que yo juzgaba relativas á los objetos de mis sentidos; porque observaba que los juicios que sobre estos objetos tenía costumbre de hacer, se formaban en mí antes de que hubiera tenido tiempo de pesar y considerar algunas razones que podían obligarme á hacerlos.

Pero después ha ido disipándose poco á poco la confianza que otorgaba á mis sentidos, porque he observado que torres redondas desde lejos, eran cuadradas desde cerca, y colosos elevados en lo alto de estas torres, me parecían estatuillas, miradas desde abajo; en una infinidad de casos he encontrado erróneos los juicios fundados en los sentidos externos, y aun los fundados en los sentidos internos. ¿Hay cosa más íntima é interior que el dolor? Pues yo he oído á personas á las que habían cortado los brazos ó las piernas, que les parecía sentir dolor en la parte que les faltaba; lo cual me inducía á pensar que no podía estar seguro de tener mal en ningún miembro, aunque sintiera algún dolor.

Á estas razones de duda, he añadido después otras dos muy generales : la primera, que todo lo que he creído sentir estando despierto, puedo creer que lo siento de igual modo estando dormido; y como no pienso que las cosas que me parece sentir cuando duermo proceden de objetos exteriores, no veo porqué he de pensar lo contrario tratándose de las cosas que me parece sentir cuando estoy despierto. La segunda consiste en que no conociendo, ó mejor dicho, fingiendo no conocer al autor de mi ser, no veía nada que impidiera que yo hubiera sido hecho por la naturaleza, de tal modo que me equivocara hasta en las cosas que me parecieran más verdaderas.

Las razones que antes me habían persuadido de la verdad de las cosas sensibles, ya no tenían para mí ninguna significación; porque, llevándome la naturaleza á cosas de que me desviaba la razón, no creía que debía confiarme en las enseñanzas de esa naturaleza. Y aunque las ideas que recibo por los sentidos, no dependen de mi voluntad, no concluía por esto que procedían de cosas diferentes de mí, porque tal vez existía en mi ser alguna causa que yo desconocía, que era la causa de ellas y las producía.

Pero ahora que comienzo á conocerme mejor y á descubrir al autor de mi origen, pienso que no debo admitir temerariamente todas las cosas que los sentidos parecen enseñarnos, ni debo tampoco ponerlas en duda.

Como todas las cosas que concibo clara y distintamente pueden ser producidas por Dios de la misma manera que las concibo, basta que yo pueda concebir con claridad y distinción una cosa sin otra para estar cierto de que son diferentes, porque es posible separarlas, sino al hombre, á la omnipotencia de Dios; no importa cuál sea el poder que las separe, para estar obligado á juzgarlas como diferentes. Partiendo de que conozco con certeza que existo, y, sin embargo, no observo que ninguna otra cosa pertenezca necesariamente á mi naturaleza ó esencia, concluyo que ésta consiste en que soy una cosa que piensa, ó una substancia cuya esencia ó naturaleza es el pensar. Y aun cuando tengo un cuerpo al cual estoy estrechamente

unido, como por una parte poseo una clara y distinta idea de mí mismo, en tanto soy solamente una cosa que piensa y carece de extensión, y por otra tengo una idea distinta del cuerpo en tanto es solamente una cosa extensa y que no piensa — es evidente que yo, mi alma, por la cual soy lo que soy, es completa y verdaderamente distinta de mi cuerpo, y puede ser ó existir sin él.

Además, encuentro en mí diversas facultades de pensar que tienen, cada una, su manera particular : por ejemplo, hay en mí ser las facultades de imaginar y sentir, sin las cuales puedo concebirme por entero clara y distintamente, pero no recíprocamente ellas sin mí, sin una substancia inteligente á que pertenezcan ó vayan adheridas; porque en la noción que tenemos de estas facultades, ó para servirme de los términos de las escuelas, en su concepto formal, encierran algunas clases de intelección : de donde concluyo que son distintas de mí como los modos, de las cosas. Conozco también otras facultades como la de cambiar de lugar, adoptar diversas situaciones, y algunas semejantes, que no pueden concebirse, como las anteriores sin alguna substancia á que pertenezcan y vayan como adheridas; es evidente que estas facultades — si es cierto que existen — deben pertenecer á alguna substancia corporal ó extensa, y no á una substancia inteligente, puesto que en su concepto claro y distinto está contenido alguna especie de extensión, pero no de inteligencia. Además no puedo dudar de que hay en mí cierta facultad pasiva de sentir, de recibir y reconocer las ideas de las cosas sensibles; pero me sería inútil si no hubiera también en mí, ó en alguna otra cosa, una facultad activa, capaz de formar y producir estas ideas. Tal facultad no existe en mí, en tanto no soy más que una cosa que piensa, porque ella no presupone mi pensamiento y aquellas ideas me son representadas sin que yo contribuya á ello y á veces contra mi voluntad; es preciso, pues, que exista en alguna substancia diferente de mí, en la cual toda la realidad, que reside objetivamente en las ideas que son producidas por esta facultad, esté contenida formal ó eminentemente; esa substancia es un cuerpo, una naturaleza

corporal, en la que se contiene formalmente y en efecto lo que existe objetivamente y por representación en las ideas, ó es Dios mismo, ó alguna otra criatura, más noble que el cuerpo en la que aquello mismo está contenido eminentemente. Si Dios no me engaña, es evidente que no me envía esas ideas inmediatamente por sí mismo, ni por el intermedio de alguna criatura en la cual su realidad no sea conocida formalmente, sino sólo eminentemente. No habiéndome dado ninguna facultad para hacerme conocer que esto sea así, y habiendo puesto en mí una gran inclinación á creer que estas ideas proceden de las cosas corporales, no veo cómo se le podría excusar de su engaño si esas ideas procedieran de otra causa; es preciso, pues, concluir que hay cosas corporales existentes. Sin embargo, no son enteramente tal como las percibimos por los sentidos, porque hay cosas que hacen esta percepción obscura y confusa; pero todas las cosas que yo concibo clara y distintamente, es decir, todas las cosas comprendidas, hablando en general, en el objeto de la Geometría especulativa, existen verdaderamente.

Por lo que respecta á otras cosas, que son solamente particulares, por ejemplo, que el sol es de tal tamaño ó de tal figura; ó son concebidas menos clara y distintamente, como la luz, el sonido, el dolor y otras semejantes, es cierto que aun siendo dudosas y oscuras, tenemos los medios de conocerlas con evidencia; porque Dios no me engaña, y, por consiguiente, no permite que pueda haber alguna falsedad en mis opiniones, careciendo yo de una facultad para corregirla. Es indudable que en todo lo que enseña la naturaleza, hay algo de verdad; porque por la naturaleza, considerada en general, no entiendo otra cosa sino Dios mismo, ó mejor, el orden y la disposición que Dios ha establecido en las cosas creadas; y por mi naturaleza, en particular, entiendo la compleción ó conjunto de las cosas que Dios me ha dado.

Esta naturaleza no puede enseñarme ciertas cosas más expresa y sensiblemente que lo hace; me enseña que tengo un cuerpo en mala disposición, cuando siento dolor; que necesito comer ó beber, cuando experimento las sensaciones del hambre ó de la sed, etc. Por

tanto, no debo dudar de que en todo esto hay alguna verdad. La naturaleza me enseña también por esas sensaciones de dolor, hambre, sed, etc, que no sólo habito mi cuerpo sino que estoy unido á él tan estrechamente y de tal modo confundido y mezclado con mi cuerpo que componemos un todo. Si así no fuera, cuando mi cuerpo está herido, no sentiría yo dolor, puesto que soy una cosa que piensa, y percibiría la herida únicamente por el entendimiento, como el piloto percibe por la vista el desperfecto de su barco; cuando mi cuerpo necesita comer ó beber, me limitaría á conocerlo simplemente, hasta sin ser advertido por las confusas sensaciones del hambre y de la sed, porque estas sensaciones no son, en efecto, más que ciertas maneras confusas de pensar, que dependen y provienen de la unión y como mezcla del espíritu y el cuerpo.

Además de eso, la naturaleza me enseña que otros muchos cuerpos existen alrededor de mí y que debo huir de unos y perseguir á otros. De las diferentes clases que percibo de colores, olores, sabores, sonidos calor, dureza, etc., concluyo que hay en los cuerpos de donde proceden estas diversas percepciones de los sentidos, algunas variedades que están en armonía con aquellas diferentes clases de colores, olores, etc.; y como de esas diversas percepciones, unas me son agradables y desagradables las otras, no hay duda de que mi cuerpo, ó yo completo, en tanto estoy compuesto de cuerpo y alma, puedo recibir diversas comodidades ó incomodidades de los cuerpos que me rodean.

Pero hay otras cosas que parece me ha enseñado la naturaleza, y lejos de ser así, se han introducido en mi espíritu por cierta costumbre que tengo de juzgar inconsideradamente las cosas, y por eso suele ocurrir que contengan alguna falsedad; por ejemplo: cuando en el espacio no hay objeto alguno que se mueva é impresione mis sentidos, formo la opinión de que está vacío; creo que en un cuerpo caliente, hay algo semejante á la idea del calor que existe en mí; que en un cuerpo blanco ó negro, hay la misma blancura ó negrura que siento; que en un cuerpo amargo ó dulce, hay el mismo gusto ó el mismo sabor; que los astros, las torres y demás

cuerpos lejanos son del tamaño y figura que representan vistos á distancia, etc.

Con objeto de que no exista algo que yo no conciba distintamente, debo definir con precisión lo que entiendo propiamente cuando digo que la naturaleza me enseña alguna cosa. Tomo aquí la naturaleza en una significación más restringida que cuando la llamo conjunto ó complexión de todas las cosas que Dios me ha dado; esta complexión ó conjunto comprende muchas cosas que no pertenecen más que al espíritu, de las cuales no hablo al referirme aquí á la naturaleza; por ejemplo : la noción que tengo de que lo que ha sido hecho no puede no haber sido hecho, y otras muchas que conozco por la luz natural, sin la ayuda del cuerpo. La naturaleza considerada como complexión ó conjunto de las cosas que Dios me ha dado, comprende también otras cosas que no se refieren más que al cuerpo, y que no comprendemos aquí al hablar de la naturaleza, por ejemplo : la cualidad del cuerpo de ser pesado. Cuando digo que la naturaleza me enseña, me refiero solamente á las cosas que Dios me ha dado como compuesto de espíritu y cuerpo.

Esta naturaleza me enseña á huir de lo que me causa sensación de dolor, y me lleva á las cosas que me producen sensación de placer; pero de esas diversas percepciones de los sentidos, nada debemos concluir relativamente á las cosas que están fuera de nosotros, sin que el espíritu las haya examinado cuidadosamente, porque el conocer la verdad de estas cosas corresponde sólo al espíritu, y no al compuesto de espíritu y cuerpo. Así, aunque una estrella no produzca en mis ojos más impresión que la llama de una vela, no hay en mí ninguna facultad real ó natural que me induzca á creer que aquella no es más grande que esta llama, y, sin embargo he creído que si en mis primeros años, sin ningún fundamento razonable. Aproximando la mano á la llama siento calor, y si la aproximo demasiado siento dolor, y no obstante no existe razón alguna que pueda persuadirme de que hay en el fuego de la llama algo semejante á ese calor y á ese dolor; solamente yo tengo razón para creer que hay una cosa en la llama, que excita en mí las sensaciones de calor y dolor. Si en un espacio no

encuentro nada que se mueva y excite mis sentidos, no debo afirmar que ese espacio no contiene ningún cuerpo, en este y en otros muchos ejemplos parecidos acostumbro á pervertir y confundir el orden natural, porque no habiendo sido puestas en mí tales sensaciones y percepciones más que para significar á mi espíritu las cosas convenientes ó perjudiciales al compuesto de que forma parte, me sirvo de ellas como si fueran reglas muy ciertas para conocer inmediatamente la esencia y naturaleza de los cuerpos exteriores; y sólo me dan nociones sumamente confusas y oscuras.

Ya he examinado en otro lugar cómo, á pesar de la soberana bondad de Dios, existe falsedad en los juicios que formamos del modo indicado. Una dificultad se presenta todavía, relativa á las cosas que según la naturaleza debo seguir ó evitar, y á las sensaciones interiores que esas cosas suscitan; porque me parece que he observado algún error en esas enseñanzas naturales, y hasta he sido directamente engañado por la naturaleza. Por ejemplo: el gusto agradable de una vianda, en la cual haya veneno, puede invitarme á tomar el veneno, y de este modo engañarme. Claro es que la naturaleza tiene excusa en este caso, porque ella me lleva á desear la vianda en que se encuentra un sabor agradable, y no á desear el veneno, que le es desconocido; de aquí no debo concluir sino que mi naturaleza no conoce entera y universalmente las cosas. No hay que extrañarse de ello puesto que, siendo el hombre una naturaleza finita, su conocimiento es de una perfección limitada.

Pero nos equivocamos con bastante frecuencia en las cosas á que no nos inclina directamente la naturaleza, como ocurre á los enfermos cuando desean comer ó beber cosas que les pueden perjudicar. Se dirá, tal vez, que la causa de su equivocación es que su naturaleza está corrompida; pero esto no es razón porque un hombre enfermo es también una criatura de Dios, tanto como un hombre en plena salud, y repugna á la divina bondad que tenga una naturaleza que esté obscurecida irremisiblemente por el error. Así como un reloj, compuesto de ruedas, y contrapesos, no observa menos exactamente todas las leyes de la naturaleza cuando

está mal hecho y no marca bien las horas, que cuando satisface por entero el deseo del obrero; del mismo modo, si yo considero el cuerpo del hombre como una máquina compuesta de huesos, nervios, músculos, venas, sangre y piel, que no dejara de moverse como lo hace cuando no se mueve por la dirección de la voluntad ó por el auxilio del espíritu sino por la sola disposición de los órganos, reconozco que tan natural como es que el hombre beba cuando tiene la garganta seca, aunque no sea inclinado á la bebida, lo es que el hidrópico, para no sufrir esa sequedad de la garganta, esté dispuesto á mover sus nervios y las demás partes de su cuerpo en la forma requerida para beber, aumentando así su mal y perjudicando su salud gravemente. Y aunque, fijándome en el uso á que el obrero ha destinado su reloj, pueda decir que se aparta de su naturaleza, cuando no marca bien las horas; y aunque de la misma manera, considerando la máquina del cuerpo humano como formada por Dios para tener en sí los movimientos propios del hombre, pueda pensar que no sigue el orden de su naturaleza cuando su garganta está seca y el beber daña á la salud — reconozco, sin embargo, que este modo de explicar la naturaleza es muy diferente del otro porque éste no es más que cierta denominación exterior, que depende enteramente de mi pensamiento, que compara un hombre enfermo y un reloj mal hecho con la idea que tengo de un hombre sano y un reloj bien hecho, la cual nada significa que se encuentre efectivamente en la cosa de que se dice; en cambio, por el otro modo de explicar la naturaleza, entiendo algo que se encuentra verdaderamente en las cosas, y por tanto tiene alguna realidad. Aunque sea una denominación exterior el afirmar respecto á un cuerpo hidrópico, que su naturaleza está corrompida cuando sin necesidad de beber tiene la garganta seca, con respecto al compuesto, es decir, el alma ó espíritu unido al cuerpo, no es una pura denominación sino un verdadero error de naturaleza, puesto que el hidrópico tiene sed cuando el beber le es perjudicial. Hemos de examinar, por tanto, cómo la bondad de Dios no impide que la naturaleza del hombre se equivoque de una manera tan nociva para él.

Para comenzar este examen he de observar, ante todo, que existe una gran diferencia entre el espíritu y el cuerpo, porque aquel es indivisible y este divisible. Con efecto, cuando me considero en tanto no soy más que una cosa que piensa, no puedo distinguir en mí partes; antes bien, conozco que soy una cosa absolutamente una y entera; y aunque todo el espíritu parece unido al cuerpo, cuando un pie, un brazo, cualquier otro miembro es separado del cuerpo conozco perfectamente que mi espíritu no pierde nada; las facultades de querer, sentir, concebir, etc., no deben llamarse partes, porque es el espíritu *todo entero* el que quiere, siente, concibe, etc. En las cosas corporales ó extensas ocurre todo lo contrario; la más pequeña, puede ser dividida por mi espíritu en multitud de partes con la mayor facilidad. Esto debiera enseñarme que el espíritu ó el alma del hombre es enteramente diferente del cuerpo.

Observo también que el espíritu no recibe inmediatamente la impresión de todas las partes del cuerpo, sino sólo del cerebro ó tal vez de una de sus más pequeñas partes, de aquella en que se ejercita la facultad llamada sentido común, la cual siempre que está dispuesta de la misma manera hace sentir lo mismo en el espíritu, aunque las demás partes del cuerpo puedan estar diversamente dispuestas, como lo atestiguan infinidad de experiencias que no es necesario referir aquí.

Observo, además, que es tal la naturaleza del cuerpo, que ninguna de sus partes puede ser movida por otra un poco lejana, sino lo puede ser también por cada una de las partes que están entre las dos, aunque la más lejana permanezca inactiva. Por ejemplo en la cuerda A B C D, si se tira y mueve la última parte D, la primera A se moverá como si se tirara de una de las partes medias B ó C, aun permaneciendo inmóvil la última. De la misma manera, cuando siento dolor en el pie, la física me enseña que esta sensación se comunica por medio de los nervios dispersos en el pie que, extendiéndose desde éste hasta el cerebro, cuando son puestos en tensión por la parte del pie, el movimiento sube al cerebro por toda la longitud del nervio y allí excita

el movimiento instituido por la naturaleza para hacer sentir el dolor en el espíritu como si estuviera en el pie; pero para que los nervios se extiendan desde el pie hasta el cerebro, han de pasar por la pierna, muslo, costado, espalda y cuello; y puede ocurrir que las extremidades de los nervios que están en el pie no sean impresionadas, sino algunas de sus partes que pasan por el costado ó por el cuello; y esto, no obstante, excita los mismos movimientos en el cerebro, que podrían ser excitados por una herida recibida en el pie, por lo cual será necesario que el espíritu sienta en el pie el mismo dolor que si hubiera recibido una herida. De modo semejante es preciso juzgar de las demás percepciones de nuestros sentidos.

Finalmente, si cada uno de los movimientos que se producen en la parte del cerebro en que el espíritu recibe inmediatamente la impresión, no le hace experimentar más que una sola sensación, no se puede desear ni imaginar nada mejor, sino que ese movimiento haga sentir al espíritu, entre todas las sensaciones que es capaz de causar, la más propia y más ordinariamente útil á la conservación del cuerpo humano, cuando la salud es perfecta; la experiencia nos muestra que todas las sensaciones que la naturaleza nos ha dado son como acabo de decir; por tanto, nada se encuentra en ellas que no atestigüe el poder y la bondad de Dios.

Por ejemplo, cuando los nervios del pie son movidos fuertemente y más, que de ordinario, su movimiento pasando por la médula llega al cerebro y produce en el espíritu una impresión que le hace sentir alguna cosa, dolor, como en el pie, y así el espíritu queda advertido é inclinado á realizar lo que pueda para rechazar la causa como peligrosa y perjudicial al pie. Cierto es que Dios podía haber establecido la naturaleza del hombre de tal suerte que ese mismo movimiento en el cerebro hiciera sentir otra cosa en el espíritu, por ejemplo: que se hiciera sentir por sí mismo, estando en el cerebro, estando en el pie, ó en algún otro sitio entre el pie y el cerebro. Cuando necesitamos beber, de esta necesidad nace cierta sequedad en la garganta, que mueve los nervios, y por medio de éstos, las partes interiores del cerebro; este movimiento produce en el espíritu la

sensación de la sed, porque en esta ocasión nada nos es más útil que el saber que necesitamos beber para la conservación de nuestra salud.

Á pesar de la soberana bondad de Dios, es indudable que la naturaleza del hombre en cuanto está compuesta de espíritu y cuerpo, es, en ocasiones, engañosa. Si hay alguna causa que excita, no en el pie sino en una parte del nervio que va desde aquel hasta el cerebro mismo, el movimiento que se produce ordinariamente cuando el pie se halla en mala disposición, se sentirá dolor si fuera en el pie, y el sentido habrá sufrido una equivocación natural; porque no pudiendo causar un mismo movimiento en el cerebro más que una misma sensación en el espíritu, y siendo, por lo general, excitada esta sensación por una causa que hierre el pie, es más razonable que vaya al espíritu el dolor del pie que el de otra cualquier parte del cuerpo. Si á veces sucede que la sequedad de la garganta no procede de la necesidad de beber para la salud del cuerpo sino de otra causa contraria, como ocurre á los hidrópicos, es, sin embargo, mucho mejor que engañe en este caso, y no cuando el cuerpo está con plena salud y en excelente disposición.

Esta consideración me sirve no sólo para reconocer los errores á que está sometida mi naturaleza, sino para evitarlos y corregirlos con mayor facilidad : porque sabiendo que mis sentidos me significan más frecuentemente lo verdadero que lo falso en las cosas relativas á las comodidades é incomodidades del cuerpo; pudiéndome servir de varios de ellos para examinar una misma cosa; y siendo posible usar la memoria, para unir y enlazar los conocimientos presentes á los pasados, y el entendimiento, que ha descubierto ya las causas de mis errores, no debo temer en adelante que se encuentre falsedad en las cosas más ordinariamente representadas por mis sentidos.

Debo rechazar las dudas de estos días pasados, como imperbólicas y ridículas, particularmente esa inseguridad tan general relativa al sueño que no podía distinguir de la vigilia; porque encuentro una diferencia muy grande : nuestra memoria no puede enlazar unos sueños con otros ni con el resto de la vida, y en cam-

bio puede enlazar las cosas que nos ocurren estando despiertos. Con efecto, si estando despierto, se me apareciera alguno de repente y desapareciera en seguida, como las imágenes en el sueño, de modo que yo no pudiera enterarme de dónde venía ese hombre ni adónde iba, con razón le creería un espectro ó un fantasma formado en mi cerebro, semejante á los que en él se forman cuando duermo, y no un hombre como los que vemos todos los días. Pero cuando percibo cosas que conozco distintamente, el lugar de donde proceden, el lugar en que están, el tiempo en que se me presentan y, sin ninguna interrupción, puedo enlazar la sensación que me han producido con los demás acontecimientos de mi vida, estoy completamente seguro de que no duermo y de que conozco distintamente los objetos. No debo, en modo alguno, dudar de la verdad de esas cosas, si después de percibidas por todos los sentidos, con el auxilio de la memoria y del entendimiento, no existe ninguna contradicción entre los datos aportados por estos medios de nuestro conocimiento. Si Dios no nos engaña, no soy engañado; pero como la necesidad de los asuntos prácticos obliga á determinarse antes de haberlos examinado cuidadosamente, es preciso confesar que la vida del hombre está sujeta á muchos errores en las cosas particulares. Es necesario reconocer la flaqueza y debilidad de nuestra naturaleza.